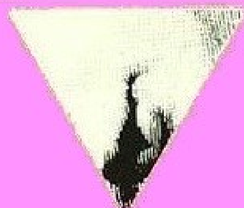




# Historia del ojo

Georges Bataille



La sonrisa vertical



Puede decirse sin temor que Historia del ojo es la obra maestra de la literatura erótica. En ella confluyen, por un lado, la mejor prosa en clave surrealista de este gran novelista, ensayista y poeta francés y, por otro, la esencia de su obsesiva preocupación por el sexo, la muerte y la fe —su fe— que configura, en realidad, gran parte de su obra. Partiendo de un proceso creativo muy querido de los surrealistas, relaciona, en una trama anecdótica, de hecho, muy simple, las imágenes que de un modo inconsciente y automático evocan el ojo, el huevo, el sol, los genitales del toro, con toda su carga de connotaciones atávicas, y nos las «revela» en su contenido erótico más revulsivo. El personaje de la joven Simone, que transgrede en todos sus actos cualquier norma de comportamiento sexual admitido, moral y conscientemente, es la encarnación, por una parte, del Deseo inconsciente y, por otra, del Pecado, de lo Prohibido y por ende del Placer, que a su vez, por ser fruto del mal, no es más que portador del máximo castigo: la muerte. Así pues, el goce en su plenitud sabe siempre a muerte…



Georges Bataille

# Historia del ojo

## La sonrisa vertical - 10

**ePub r1.4**
**Titivillus** 23.09.17

Título original: *Histoire de l’oeil*
Georges Bataille, 1928
Traducción: Margo Glantz

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



# ADVERTENCIA SOBRE LA TRADUCCIÓN

Existen cinco ediciones de este libro de Georges Bataille. La primera fue publicada en 1928 con el pseudónimo de Lord Auch, y se tiraron ciento treinta y cuatro ejemplares con ocho litografías de André Masson, el pintor surrealista. La segunda se publicó en Burgos (!) en 1941 y la edición aumentó a quinientos ejemplares. En 1940 se editó una reescritura de la novela ilustrada con grabados de Hans Belmer (otro extraordinario pintor surrealista), en Sevilla, espacio geográfico de uno de los episodios capitales del texto, ahora con el cabalístico tiraje de ciento noventa y nueve ejemplares. La penúltima edición es la única que lleva el nombre de Georges Bataille y fue publicada póstumamente en 1967, por la editorial de Jean Jacques Pauvert, con el facsímil de un *Plan de una continuación de Historia del Ojo*; su tiraje fue de diez mil ejemplares. De esta versión se tradujo la que publicó en español la editorial Ruedo Ibérico, en París, en 1977, sin nombre de traductor. Esta reescritura del texto se añade como apéndice en el volumen I de las *Obras Completas* que la editorial Gallimard empezó a publicar con una presentación de Michel Foucault desde 1970. Las obras de Bataille se inician justamente con *Historia del Ojo*, primer libro importante del escritor y que Denis Hollier editó. Escritura original de la que yo traduje este texto.

En la versión que propongo no aparece el *Plan de una continuación*: creo que no añade nada especial al texto, al contrario, rompe el suspenso del final. En cambio, he traducido el artículo y las notas correspondientes a «Ojo» del *Diccionario crítico* que Georges Bataille publicó en la revista *Documents*, en 1929, después de la aparición de la famosa película de Buñuel y Dalí, *El perro andaluz*. Esa revista contiene algunos de los mejores textos de Bataille; reproducidos por la Editorial Mercure de France, aparecieron en 1968 reunidos por Bernard Noël. El artículo

«Golosina caníbal» es la segunda parte de un texto dedicado a «Ojo». La primera parte la escribió Robert Desnos («Image de l'oeil» - «Imagen del ojo») y la tercera parte Marcel Griaule («Mauvais Oeil» - «Mal del ojo»).

También incluyo, de Documents, el artículo «Metamorfosis», porque puede relacionarse muy bien con Historia del ojo.

M. G.

# I-EL OJO DEL GATO

Crecí muy solo y desde que tengo memoria sentí angustia frente a todo lo sexual. Tenía cerca de 16 años cuando en la playa de X encontré a una joven de mi edad, Simone. Nuestras relaciones se precipitaron porque nuestras familias guardaban un parentesco lejano. Tres días después de habernos conocido, Simone y yo nos encontramos solos en su quinta. Vestía un delantal negro con cuello blanco almidonado. Comencé a advertir que compartía conmigo la ansiedad que me producía verla, ansiedad mucho mayor ese día porque intuía que se encontraba completamente desnuda bajo su delantal.

Llevaba medias de seda negra que le subían por encima de las rodillas; pero aún no había podido verle el culo (este nombre que Simone y yo empleamos siempre, es para mí el más hermoso de los nombres del sexo). Tenía la impresión de que si apartaba ligeramente su delantal por atrás, vería sus partes impúdicas sin ningún reparo. En el rincón de un corredor había un plato con leche para el gato: «Los platos están hechos para sentarse», me dijo Simone. «¿Apuestas a que me siento en el plato?». «Apuesto a que no te atreves», le respondí, casi sin aliento.

Hacía muchísimo calor. Simone colocó el plato sobre un pequeño banco, se instaló delante de mí y, sin separar sus ojos de los míos, se sentó sobre él sin que yo pudiera ver cómo empapaba sus nalgas ardientes en la leche fresca. Me quedé delante de ella, inmóvil; la sangre subía a mi cabeza y mientras ella fijaba la vista en mi verga que, erecta, distendía mis pantalones, yo temblaba.

Me acosté a sus pies sin que ella se moviese y por primera vez vi su carne «rosa y negra» que se refrescaba en la leche blanca. Permanecimos largo tiempo sin movernos, tan conmovidos el uno como el otro. De repente se levantó y vi escurrir la leche a lo largo de sus piernas, sobre las medias. Se enjugó con un pañuelo,

pausadamente, dejando alzado el pie, apoyado en el banco, por encima de mi cabeza y yo me froté vigorosamente la verga sobre la ropa, agitándome amorosamente por el suelo. El orgasmo nos llegó casi en el mismo instante sin que nos hubiésemos tocado; pero cuando su madre regresó, aproveché, mientras yo permanecía sentado y ella se echaba tiernamente en sus brazos, para levantarle por atrás el delantal sin que nadie lo notase y poner mi mano en su culo, entre sus dos ardientes muslos. Regresé corriendo a mi casa, ávido de masturbarme de nuevo; y al día siguiente por la noche estaba tan ojeroso que Simone, después de haberme contemplado largo rato, escondió la cabeza en mi espalda y me dijo seriamente «no quiero que te masturbes sin mí».

Así empezaron entre la jovencita y yo relaciones tan cercanas y tan obligatorias que nos era casi imposible pasar una semana sin vernos. Y sin embargo, apenas hablábamos de ello. Comprendo que ella experimente los mismos sentimientos que yo cuando nos vemos, pero me es difícil describirlos. Recuerdo un día cuando viajábamos a toda velocidad en auto y atropellamos a una ciclista que debió haber sido muy joven y muy bella: su cuello había quedado casi decapitado entre las ruedas. Nos detuvimos mucho tiempo, algunos metros más adelante, para contemplar a la muerta. La impresión de horror y de desesperación que nos provocaba ese montón de carne ensangrentada, alternativamente bella o nauseabunda, equivale en parte a la impresión que resentíamos al mirarnos. Simone es grande y hermosa. Habitualmente es muy sencilla: no tiene nada de angustiado ni en la mirada ni en la voz. Sin embargo, en lo sexual se muestra tan bruscamente ávida de todo lo que violenta el orden que basta el más imperceptible llamado de los sentidos para que de un golpe su rostro adquiera un carácter que sugiere directamente todo aquello que está ligado a la sexualidad profunda, por ejemplo: la sangre, el terror súbito, el crimen, el ahogo, todo lo que destruye indefinidamente la beatitud y la honestidad humanas. Vi por primera vez esa contracción muda y absoluta (que yo compartía) el día en que se sentó sobre el plato de leche. Es cierto que apenas nos mirábamos fijamente, excepto en momentos parecidos. Pero no estamos satisfechos y sólo jugamos durante los cortos momentos de distensión que siguen al orgasmo.

Debo advertir que nos mantuvimos largo tiempo sin acoplarnos.

Aprovechábamos todas las circunstancias para librarnos a actos poco comunes. No sólo carecíamos totalmente de pudor, sino que por lo contrario algo impreciso nos obligaba a desafiarlo juntos, tan impúdicamente como nos era posible. Es así que justo después de que ella me pidió que no me masturbase solo (nos habíamos encontrado en lo alto de un acantilado), me bajó el pantalón me hizo extenderme por tierra; luego ella se alzó el vestido, se sentó sobre mi vientre dándome la espalda y empezó a orinar mientras yo le metía un dedo por el culo, que mi semen joven había vuelto untuoso. Luego se acostó, con la cabeza bajo mi verga, entre mis piernas; su culo al aire hizo que su cuerpo cayera sobre mí; yo levanté la cara lo bastante para mantenerla a la altura de su culo: sus rodillas acabaron apoyándose sobre mis hombros. «¿No puedes hacer pipí en el aire para que caiga en mi culo?», me dijo. «Sí, le respondí, pero como estás colocada, mi orín caerá forzosamente sobre tus ropas y tu cara.» «¡Qué importa!» me contestó. Hice lo que me dijo, pero apenas lo había hecho la inundé de nuevo, pero esta vez de hermoso y blanco semen.

El olor de la mar se mezclaba entretanto con el de la ropa mojada, el de nuestros cuerpos desnudos y el del semen. Caía la tarde y permanecimos en esta extraordinaria posición sin movernos, hasta que escuchamos unos pasos que rozaban la hierba. «No te muevas, te lo suplico», me pidió Simone. Los pasos se detuvieron pero nos era imposible ver quién se acercaba. Nuestras respiraciones se habían cortado al unísono. Levantado así por los aires, el culo de Simone representaba en verdad una plegaria todopoderosa, a causa de la extrema perfección de sus dos nalgas, angostas y delicadas, profundamente tajadas; estaba seguro de que el hombre o la mujer desconocidos que la vieran sucumbirían de inmediato a la necesidad de masturbarse sin fin al mirarlas. Los pasos recomenzaron, precipitándose, casi en carrera; luego vi aparecer de repente a una encantadora joven rubia, Marcela, la más pura y conmovedora de nuestras amigas.

Estábamos tan fuertemente arracimados en nuestras horribles actitudes que no pudimos movernos ni siquiera un palmo y nuestra desgraciada amiga cayó sobre la hierba sollozando. Sólo entonces cambiamos nuestra extravagante posición para echarnos sobre el cuerpo que se nos libraba en abandono. Simone le levantó la falda,

le arrancó el calzón y me mostró, embriagada, un nuevo culo, tan bello, tan puro, como el suyo. La besé con rabia al tiempo que la masturbaba: sus piernas se cerraron sobre los riñones de la extraña Marcela que ya no podía disimular los sollozos.

—Marcela —le dije—, te lo suplico, ya no llores. Quiero que me beses en la boca… —Simone le acariciaba sus hermosos cabellos lisos y la besaba afectuosamente por todas partes.

Mientras tanto, el cielo se había puesto totalmente oscuro y, con la noche, caían gruesas gotas de lluvia que provocaban la calma después del agotamiento de una jornada tórrida y sin aire. El mar empezaba un ruido enorme dominado por el fragor del trueno, y los relámpagos dejaban ver bruscamente, como si fuera pleno día, los dos culos masturbados de las muchachas que se habían quedado mudas. Un frenesí brutal animaba nuestros cuerpos. Dos bocas juveniles se disputaban mi culo, mis testículos y mi verga; pero yo no dejé de apartar piernas de mujer, húmedas de saliva o de semen, como si hubiese querido huir del abrazo de un monstruo, aunque ese monstruo no fuera más que la extraordinaria violencia de mis movimientos. La lluvia caliente caía por fin en torrentes y nos bañaba todo el cuerpo enteramente expuesto a su furia. Grandes truenos nos quebrantaban y aumentaban cada vez más nuestra cólera, arrancándonos gritos de rabia, redoblada cada vez que el relámpago dejaba ver nuestras partes sexuales. Simone había caído en un charco de lodo y se embarraba el cuerpo con furor: se masturbaba con la tierra y gozaba violentamente, golpeada por el aguacero, con mi cabeza abrazada entre sus piernas sucias de tierra, su rostro enterrado en el charco donde agitaba con brutalidad el culo de Marcela, que la tenía abrazada por detrás, tirando de su muslo para abrírselo con fuerza.

# II-EL ARMARIO NORMANDO

A partir de esa época, Simone contrajo la manía de quebrar huevos con su culo. Para hacerlo se colocaba sobre un sofá del salón, con la cabeza sobre el asiento y la espalda contra el respaldo, las piernas apuntando hacia mí, que me masturbaba para echarle mi esperma sobre la cara. Colocaba entonces el huevo justo encima del agujero del culo y se divertía haciéndolo entrar con agilidad en la división profunda de sus nalgas. En el momento en que el semen empezaba a caer y a regarse por sus ojos, las nalgas se cerraban, cascaban el huevo y ella gozaba mientras yo me ensuciaba el rostro con la abundante salpicadura que salía de su culo.

Muy pronto, como era lógico, su madre que podía entrar en el salón de la casa en cualquier momento, sorprendió este manejo poco común; esta mujer extraordinariamente buena, de vida ejemplar, se contentó con asistir al juego sin decir palabra la primera vez que nos sorprendió en el acto, a tal punto que no nos dimos cuenta de su presencia. Supongo que estaba demasiado aterrada para hablar. Pero cuando terminamos y empezamos a ordenar un poco el desastre, la vimos parada en el umbral de la puerta.

—Haz como si no hubiera nadie —me dijo Simone y continuó limpiándose el culo.

Y en efecto, salimos tan tranquilamente como si se hubiese reducido a estado de retrato de familia.

Algunos días más tarde, Simone hacía gimnasia conmigo en las vigas de una cochera, y orinó sobre su madre, que había tenido la desgracia de detenerse sin verla: la triste viuda se apartó de ese lugar y nos miró con unos ojos tan tristes y una expresión tan desesperada que impulsó nuestros juegos. Simone, muerta de risa y a cuatro patas sobre las vigas, expuso su culo frente a mi rostro: se lo abrí totalmente y me masturbé al mirarla.

Durante más de una semana dejamos de ver a Marcela, hasta que un día la encontramos en la calle. Esta joven rubia, tímida e ingenuamente piadosa, se sonrojó tan profundamente al vernos que Simone la besó con ternura maravillosa.

—Le pido perdón, Marcela —le dijo en voz baja—, lo que sucedió el otro día fue absurdo, pero no debe impedir que seamos amigos. Le prometo que ya no trataremos de tocarla.

Marcela carecía totalmente de voluntad; aceptó acompañarnos para merendar con nosotros y algunos amigos. Pero en lugar de té, bebimos champaña helado en abundancia.

Ver a Marcela sonrojada nos había trastornado por completo. Nos habíamos comprendido Simone y yo, y a partir de ese momento supimos que nada nos haría detenernos sino hasta cumplir con nuestros planes. Además de Marcela estaban allí otras tres muchachas hermosas y dos jóvenes, el mayor de los ocho no tenía todavía diecisiete años y la bebida había producido un cierto efecto, pero aparte de mí y de Simone nadie se había excitado como planeábamos. Un fonógrafo nos sacó del problema. Simone empezó a bailar un charlestón frenético y mostró hasta el culo sus piernas, y las otras jóvenes invitadas a bailar de la misma manera estaban demasiado excitadas para preocuparse. Llevaban, claro, calzones, pero movían tanto el culo que no escondían gran cosa. Sólo Marcela, ebria y silenciosa, se negó a danzar.

Finalmente, Simone, que pretendía estar absolutamente borracha, tomó un mantel y levantándolo con la mano propuso una apuesta.

—Apuesto —dijo—, a que hago pipí en el mantel frente a todo el mundo.

Se trataba, en principio, de una ridícula reunión de jovenzuelos por lo general habladores y pretenciosos. Uno de los muchachos la desafió y la apuesta se fijó a discreción… es evidente que Simone no dudó un solo instante y empapó el mantel. Pero este acto alucinante la conmovió visiblemente hasta la médula, tanto que todos los jovenzuelos empezaron a jadear.

—Puesto que es a discreción —dijo Simone al perdedor—, voy a quitarte el pantalón ante todo el mundo.

Esto lo hizo sin ninguna dificultad. Una vez que le quitó el pantalón, Simone le quitó también la camisa (para evitar que

hiciese el ridículo). Sin embargo no había pasado todavía nada grave: Simone apenas había acariciado ligeramente a su joven amigo totalmente embelesado, borracho y desnudo. Pero ella sólo pensaba en Marcela que desde hacía algún rato me suplicaba que la dejara partir.

—Le prometimos que no la tocaríamos, Marcela, ¿por qué se quiere ir? —le pregunté.

—Porque sí —respondía con obstinación—, al tiempo que una violenta cólera se apoderaba poco a poco de ella.

De repente Simone cayó en el piso con gran terror de los demás. Una convulsión cada vez más fuerte la agitaba, tenía las ropas en desorden, el culo al aire, como si tuviese un ataque de epilepsia, y al rodar a los pies del muchacho que había desvestido, pronunciaba palabras casi desarticuladas: «méame encima… méame en el culo»… repetía como si tuviera sed.

Marcela miraba este espectáculo con fijeza: se había puesto de color carmesí. Entonces me dijo, sin siquiera mirarme, que quería quitarse el vestido; yo se lo arranqué a medias, y luego su ropa interior; sólo conservó sus medias y su liguero, y habiéndose dejado masturbar y besar en la boca por mí, atravesó el cuarto como una sonámbula para alcanzar un gran armario normando donde se encerró después de haber murmurado algunas palabras a la oreja de Simone.

Quería masturbarse en el armario y nos suplicaba que la dejáramos tranquila.

Hay que advertir que todos estábamos muy borrachos y completamente trastornados por lo que había pasado. El muchacho desnudo se la hacía mamar por una joven. Simone, de pie, y con las faldas alzadas, frotaba su culo desnudo contra el armario en movimiento en donde se oía a la muchacha masturbarse con un jadeo brutal. Y de repente sucedió una cosa increíble: un extraño ruido de agua seguido de la aparición de un hilo y luego de un chorro de agua por debajo de la puerta del armario: la desgraciada Marcela orinaba dentro, al tiempo que se masturbaba. La carcajada absolutamente ebria que siguió degeneró rápidamente en una orgía con caída de cuerpos, piernas y culos al aire, faldas mojadas y semen. Las risas se producían como un hipo involuntario e imbécil, sin lograr interrumpir una oleada brutal dirigida hacia los culos y

las vergas. Marcela, solitaria y triste, encerrada en el orinal convertido en prisión, empezó a sollozar cada vez más fuertemente.

Media hora después empezó a pasarme la borrachera y se me ocurrió sacar a Marcela del armario: la desgraciada joven, totalmente desnuda, había caído en un estado terrible. Temblaba y tiritaba de frío. Desde que me vio manifestó un terror enfermizo aunque violento. Por lo demás, yo estaba pálido, más o menos ensangrentado y vestido estrafalariamente. Atrás de mí, yacían, casi inertes y en un desorden inefable, varios cuerpos escandalosamente desnudos y enfermos. Durante la orgía se nos habían clavado pedazos de vidrio que nos habían ensangrentado a dos de nosotros; una muchacha vomitaba; además todos caíamos de repente en espasmos de risa loca, tan desencadenada que algunos habían mojado su ropa, otros su asiento y otros el suelo. De allí salía un olor de sangre, de esperma, de orina y de vómito que casi me hizo recular de terror; pero el grito inhumano que desgarró la garganta de Marcela fue todavía más terrorífico. Debo decir sin embargo que, en ese mismo momento, Simone dormía tranquilamente, con el vientre al aire, la mano detenida todavía sobre el vello del pubis y el rostro apacible y casi sonriente.

Marcela, que se había precipitado a través del cuarto tambaleándose y gritando como si gruñera, me miró de nuevo: retrocedió como si yo fuera un espectro espantoso que apareciera en una pesadilla, y se desplomó dejando oír una secuela de aullidos cada vez más inhumanos.

Cosa curiosa; ese incidente me devolvió el valor. Alguien iba a venir, era inevitable; pero no pensé ni un instante en huir o en acallar el escándalo. Al contrario, con resolución abrí la puerta. ¡Oh, espectáculo y gozo inusitados! ¡Es fácil imaginar las exclamaciones de horror, los gritos desesperados, las amenazas desproporcionadas de los padres al entrar en la habitación! Con gritos incendiarios e imprecaciones espasmódicas mencionaron la cárcel, el cadalso y los tribunales; nuestros propios camaradas se habían puesto a gritar y a sollozar hasta producir un ruido delirante de gritos y lágrimas: se diría que los habían incendiado y que eran antorchas vivas. Simone gozaba conmigo.

Y sin embargo, ¡qué atrocidad! Nada podía dar fin al delirio tragicómico de esos dementes; Marcela, que seguía desnuda,

expresaba, a medida que gesticulaba, y entre gritos de dolor, un sufrimiento moral y un terror imposible de soportar; vimos cómo mordía a su madre en el rostro y se movía entre los brazos que intentaban dominarla en vano.

En efecto, la irrupción de los padres había acabado de destruir lo que le quedaba de razón; para terminar se llamó a la policía y todos los vecinos fueron testigos del inaudito escándalo.

# III-EL OLOR DE MARCELA

Mis propios padres no llegaron esa noche. Sin embargo, creí prudente salir pitando en previsión de la cólera de un padre miserable, arquetipo del general católico y chocho. Entré por detrás a la quinta. Me apropié de una cantidad de dinero. Después, seguro de que jamás me buscarían allí, me bañé en la alcoba de mi padre. Y hacia las diez de la noche me fui al campo, pero antes dejé un recado sobre la mesa de mi madre: «Ruego que no me hagan buscar por la policía porque llevo un revólver y la primera bala será para el gendarme y la segunda para mí».

Jamás he tenido la posibilidad de adoptar una actitud y, en esta circunstancia en particular, mi único interés era hacer retroceder a mi familia, enemiga irreductible del escándalo. Con todo, al escribir el recado con la mayor ligereza y no sin reír un poco, me pareció oportuno meter en mi bolsillo el revólver de mi padre.

Caminé toda la noche por la orilla del mar, pero sin alejarme demasiado de X, tomando en cuenta los recovecos de la costa. Trataba solamente de apaciguar una situación violenta, un extraño delirio espectral en que los fantasmas de Simone y de Marcela se organizaban, a pesar mío, con expresiones terroríficas. Poco a poco me vino la idea de matarme, y al tomar el revólver en la mano acabaron de perder el sentido palabras como esperanza y desesperación. Sentí por cansancio que era necesario darle un sentido a mi vida: sólo la tendría en la medida en que ciertos acontecimientos deseados y esperados se cumpliesen. Acepté finalmente la extraordinaria fascinación de los nombres Simone y Marcela; podía reír, pero no obstante me excitaba imaginar una composición fantástica que ligaba confusamente mis pasos más desconcertantes a los suyos.

Dormí en un bosque durante el día y al caer la noche me dirigí a casa de Simone; entré al jardín saltando por el muro. Al ver luz en

la recámara de mi amiga, arrojé guijarros a la ventana. Algunos instantes después bajó y nos fuimos casi sin decir palabra en dirección a la orilla del mar. Estábamos felices de volvernos a ver. Estaba oscuro y de vez en cuando le levantaba el vestido y tomaba su culo entre mis manos, pero no gozaba, al contrario. Ella se sentó y yo me acosté a sus pies. De pronto me di cuenta de que no podría impedir estallar en sollozos y de inmediato empecé a sollozar largamente sobre la arena.

—¿Qué te pasa? —me dijo Simone. Y me dio un puntapié para hacerme reír. Su pie tocó justamente el revólver que estaba en mi bolsillo y una terrible detonación nos arrancó un grito simultáneo. No estaba herido, pero de repente me encontré de pie como si hubiese entrado en otro mundo. La misma Simone estaba delante de mí, tan pálida que daba miedo.

Esa noche no se nos ocurrió la idea de masturbarnos, pero permanecimos infinitamente abrazados, unidas nuestras bocas, lo que jamás antes nos había ocurrido.

Durante algunos días viví así: regresábamos Simone y yo, muy tarde por la noche, y nos acostábamos en su recámara, donde me quedaba encerrado hasta la noche siguiente. Simone me llevaba comida. Su madre no tenía la más mínima autoridad sobre ella y aceptaba la situación sin siquiera intentar explicarse el misterio (apenas había oído los gritos, el día del escándalo, salió a dar un paseo). En cuanto a los criados, el dinero los mantenía fieles a Simone desde hacía mucho tiempo.

Fue también por ellos que supimos las circunstancias del encierro de Marcela y el nombre de la casa de salud donde estaba asilada. Desde el primer día nuestra preocupación fue su locura, la soledad de su cuerpo, las posibilidades de alcanzarla o de ayudarla a evadirse. Un día que estaba yo en su cama y que quise forzar a Simone, ella se me escapó y me dijo bruscamente: «pero ¡querido mío, estás completamente loco! ¿Así en un lecho, como si fuera madre de familia?, no me interesa en absoluto. Con Marcela solamente».

—¿Qué es lo que quieres decir? —le pregunté decepcionado, pero en el fondo completamente de acuerdo con ella.

Se me acercó afectuosamente de nuevo y me dijo suavemente con tono soñador: «mira, apenas nos vea no podrá evitar orinarse…

hacer el amor».

Al mismo tiempo, sentí un líquido caliente y encantador que corría a lo largo de mis piernas y, cuando hubo terminado, me levanté y regué a mi vez su cuerpo que ella colocó complacientemente bajo el chorro impúdico que ardía ligeramente sobre la piel. Después de haberle inundado el culo también, le embarré el rostro de semen y así, sucia, tuvo un orgasmo demente y liberador. Aspiraba profundamente nuestro acre y feliz olor: «Hueles a Marcela», me confió alegremente después que hubo terminado, acercando la nariz a mi culo todavía mojado.

Es evidente que Simone y yo teníamos a veces ganas violentas de hacer el amor. Pero no se nos ocurría siquiera que eso fuese posible sin Marcela, cuyos gritos agudos violentaban continuamente las orejas, gritos que para nosotros se ligaban siempre a nuestros deseos más violentos. Por ello, nuestro deseo sexual se transformaba siempre en pesadilla. La sonrisa de Marcela, su simpleza, sus sollozos, la vergüenza que la sonrojaba y ese color rojo que la hacía sufrir al tiempo que ella misma se quitaba la ropa para entregar de repente sus bellas nalgas rubias a manos y bocas impuras, y, sobre todo, el delirio trágico que la había hecho encerrarse en el armario para poder masturbarse con tanta aberración que no había podido evitar orinarse, deformaba y hacía nuestros deseos insoportables. Simone, cuya conducta durante el escándalo había sido más obscena que nunca —acostada, no se había siquiera cubierto, sino que había abierto las piernas—, no podía olvidar que el orgasmo imprevisto provocado por su propio impudor, los gritos y la desnudez de los miembros torcidos de Marcela, habían sobrepasado todo lo que había podido imaginar hasta entonces. Y su culo no se abría delante de mí sin que apareciese el espectro de Marcela furibunda, delirante y sonrojada, para otorgarle a su impudor un peso agobiante, como si el sacrilegio debiese volverlo todo horrible e infame.

Por otra parte, las regiones pantanosas del culo —que sólo tienen semejanza con los días tormentosos, con presagios de inundaciones o con las emanaciones sofocantes de los volcanes y que, también como los volcanes y las tempestades, inician su actividad entre augurios de catástrofe— esas regiones desesperantes que Simone, en un abandono que sólo presagiaba violencia, me

dejaba mirar como hipnotizado, fueron para mí, desde entonces, el símbolo del imperio subterráneo y profundo de una Marcela torturada en su prisión y entregada a las pesadillas. Ya no me obsesionaba más que una cosa: la desintegración que el orgasmo provocaba en el rostro de la joven que sollozaba entre gritos horribles.

Y Simone por su lado no podía mirar el semen ácido y cálido que salía de mi verga sin imaginarse al instante la boca y el culo de Marcela totalmente manchados.

«Podrías golpearle el rostro con tu semen», me confiaba al tiempo que se embarraba el culo, «para que estercole». [1]

# IV-UNA MANCHA DE SOL

Las demás mujeres y los demás hombres no tenían ya ningún interés para nosotros; no pensábamos más que en Marcela a la que puerilmente imaginábamos en horca voluntaria, en entierro clandestino o en apariciones fúnebres. Por fin, una noche, después de habernos informado bien, salimos en bicicleta hacia la casa de salud donde habían encerrado a nuestra amiga. En menos de una hora recorrimos los veinte kilómetros que nos separaban de una especie de castillo, rodeado por un parque amurallado y aislado por un acantilado que dominaba el mar. Sabíamos que Marcela ocupaba el cuarto número ocho; pero hubiese sido necesario entrar al interior de la casa para encontrarla. Quizá podríamos entrar a su cuarto por la ventana después de haber limado los barrotes, pero no acertábamos a identificar su cuarto entre tantos otros; de pronto nos llamó la atención una extraña figura. Habíamos brincado el muro y estábamos en el parque, cuyos árboles eran agitados por un fuerte viento, cuando vimos abrirse una ventana del primer piso: una sombra llevaba una sabana y la ataba fuertemente a uno de los barrotes. La sábana restalló de inmediato con el viento y la ventana se cerró antes de que pudiéramos reconocer a la figura.

Es difícil imaginar el desgarrador estrépito de esa inmensa sábana blanca golpeada por la borrasca. El estruendo era superior al ruido del mar y al del viento entre los árboles. Por primera vez veía a Simone angustiada por algo diferente a su propio impudor: se apretaba contra mí con el corazón palpitante y miraba con los ojos fijos al fantasma que asolaba la noche como si la locura misma acabara de izar su bandera sobre ese lúgubre castillo.

Nos quedamos inmóviles: Simone acurrucada entre mis brazos y yo a medias asustado cuando de repente pareció que el viento rasgaba las nubes y la luna aclaró bruscamente, con precisión reveladora, aquella cosa tan extraña y desgarradora para nosotros:

un sollozo violento estranguló la garganta de Simone: la sábana que el viento extendía con tanto estrépito estaba sucia en el centro y tenía una enorme mancha mojada que se iluminaba, transparente, con la luz de la luna… A los pocos instantes, otras nubes negras lo obscurecieron todo, y yo me quedé de pie, sofocado, con los cabellos al viento y llorando como un desgraciado; Simone había caído sobre la hierba y por primera vez se dejaba sacudir por largos sollozos. Sin duda, era entonces nuestra pobre amiga, Marcela, la que había abierto esa ventana sin luz, era ella la que acababa de fijar a los barrotes de su prisión la señal alucinante de su desamparo. Era también evidente que había debido masturbarse en su lecho con tan gran trastorno de los sentidos que se había mojado enteramente, por lo que después la habíamos visto colgar la sábana en la ventana para que se secara.

Ya no sabía qué hacer en ese parque, frente a ese falso castillo de placer cuyas ventanas estaban espantosamente enrejadas. Di la vuelta, dejando a Simone descompuesta y extendida sobre el pasto. No tenía ninguna intención práctica y sólo deseaba respirar a solas por un momento. Pero al advertir que en la planta baja del edificio había una ventana entreabierta y sin enrejar, aseguré mi revólver en mi bolsillo y entré con precaución: era un salón como cualquier otro. Una lámpara eléctrica de bolsillo me permitió entrar en una recámara, subí luego por una escalera donde no se distinguía nada, ni se llegaba a ninguna parte porque los cuartos no estaban numerados. Por lo demás no entendía nada, estaba como si me hubieran embrujado; inexplicablemente tuve la idea de quitarme el pantalón y seguir mi angustiosa exploración vestido sólo con la camisa. Poco a poco fui quitándome toda la ropa y la fui dejando sobre una silla; sólo conservé mis zapatos. Caminaba al azar y sin sentido, con una lámpara en la mano izquierda y el revólver en la mano derecha. Un ligero ruido me hizo apagar bruscamente la lámpara; inmóvil, me detuve a escuchar, mientras mi respiración se volvía irregular. Pasaron largos minutos de angustia sin oír ningún ruido, volví a encender la lámpara y un grito breve me hizo huir con tanta precipitación que olvidé mis vestidos sobre la silla.

Sentí que me seguían; salté corriendo por la ventana y me fui a esconder a una avenida; apenas me había dado la vuelta para vigilar el castillo, cuando vi que una mujer desnuda aparecía en el

hueco de la ventana: saltaba como yo al parque y huía corriendo hacia los matorrales de espinos.

Nada fue más extraño para mí, durante esos minutos de extraña emoción, que mi desnudez al viento en la avenida del jardín desconocido; todo pasó como si no estuviese ya sobre la tierra; tanto más cuanto que la borrasca proseguía en su furia, pero con bastante tibieza como para insinuar un deseo brutal; no sabía qué hacer con el revólver que llevaba todavía en la mano: ya no tenía bolsillos en donde meterlo y, al perseguir a la mujer que había visto pasar, sin reconocerla, parecía evidente que la buscaba para matarla. El ruido de los elementos en cólera, el estruendo de los árboles y de la sábana me impedían discernir nada definido en mi voluntad o en mis gestos.

Me detuve de repente y sin aliento: había llegado al arbusto donde acababa de desaparecer la sombra. Exaltado por mi revólver, comencé a mirar de un lado a otro y de repente me pareció que la realidad entera se desgarraba: una mano llena de saliva tomaba mi verga y la agitaba; sentí un beso baboso y caliente en la raíz del culo; el pecho desnudo y las piernas desnudas de una mujer se pegaban a mis piernas con un sobresalto de orgasmo. Apenas tuve tiempo de darme vuelta para escupir mi semen en el rostro de mi adorable Simone: con el revólver en la mano sentí un estremecimiento que me recorría con la misma violencia que la de la borrasca, mis dientes castañeteaban y salía espuma de mis labios; con los brazos torcidos apreté compulsivamente mi revólver y, a pesar mío, se dispararon tres balazos feroces y ciegos en dirección al castillo.

Ebrios y aliviados, Simone y yo nos separamos uno del otro y de inmediato nos lanzamos a través del parque como perros; la borrasca batía con desenfreno, por lo que el ruido de las detonaciones no despertó la atención de los habitantes que dormían en el interior del castillo; cuando miramos instintivamente por encima nuestro la sábana que golpeaba con el viento, hacia la ventana de Marcela, advertimos con gran sorpresa que uno de los vidrios estaba estrellado por una bala: y la ventana se sacudió, se abrió después y por segunda vez apareció la sombra.

Aterrados, como si Marcela fuese a caer ensangrentada ante nuestros ojos, en el umbral de la puerta, permanecimos de pie bajo

la extraña aparición, casi inmóvil, incapaces de hacernos oír debido al ruido del viento.

—¿Qué has hecho de tu ropa? —le pregunté al cabo de un rato a Simone. Me respondió que me había buscado y al no encontrarme había terminado, como yo, por entrar al castillo para explorarlo y que se había desvestido antes de entrar por la ventana «creyendo que se sentiría más libre». Y al salir para seguirme, y asustada por mí, no había encontrado su ropa porque el viento debió habérsela llevado; como observaba a Marcela no pensó por su parte en preguntarme la causa de mi desnudez.

La joven que estaba en la ventana desapareció. Transcurrió un instante que nos pareció inmenso: luego encendió la luz en su cuarto. Por fin regresó para respirar al aire libre y mirar en dirección al mar. El viento movía sus pálidos y lacios cabellos y podíamos advertir los rasgos de su rostro; no había cambiado, pero en su cara había algo de salvaje, de inquieto, que contrastaba con la simpleza todavía infantil de sus facciones. Parecía tener más bien trece años que dieciséis. Reconocíamos bajo su camisón el cuerpo delgado y pleno, duro y sin brillo, tan bello como la fija mirada.

Cuando por fin nos miró, la sorpresa pareció devolverle vida a su rostro. Nos gritó, pero no escuchamos nada; le hicimos señas. Había enrojecido hasta las orejas: Simone casi lloraba y yo le acariciaba afectuosamente la frente mientras ella le enviaba besos que Marcela respondía sin sonreír; Simone dejó caer su mano a lo largo del vientre y se tocó el pubis. Marcela la imitó y subió al mismo tiempo su pie sobre el borde de la ventana, descubriendo una pierna cuyas medias de seda blanca llegaban casi hasta el rubio pelo. Cosa extraña: llevaba un liguero blanco y medias blancas mientras que la negra Simone, cuyo culo llenaba mi mano, vestía un liguero negro y medias negras.

Las dos muchachas se masturbaban con un gesto corto y brusco, una frente a la otra en la vociferante noche. Estaban casi inmóviles y tensas, con una mirada que el gozo inmoderado había vuelto fija. De pronto, como si un monstruo invisible arrancara a Marcela del barrote que su mano izquierda asía con fuerza, cayó de espaldas por el delirio, dejando el vacío frente a nosotros: sólo una ventana abierta e iluminada, agujero rectangular que penetraba en la noche opaca, y abría ante nuestros ojos rotos el día sobre un mundo

compuesto de relámpagos y de aurora.

# V-UN HILO DE SANGRE

Para mí, la orina se asocia profundamente al salitre y a los rayos y no sé por qué a una bacinica antigua, de tierra porosa, abandonada un día lluvioso de otoño sobre el techo de zinc de una lavandería de provincia. Después de esa primera noche pasada en el sanatorio, esas representaciones desesperantes se vinculan estrechamente, en lo más oscuro de mi cerebro, con el coño y con el rostro taciturno y sombrío que a veces ponía Marcela. No obstante, ese paisaje caótico de mi imaginación se inundaba bruscamente de un hilo de luz y de sangre: Marcela no podía gozar sin bañarse, no de sangre, sino de un chorro de orina clara y, para mí, hasta luminosa, chorro primero violento y entrecortado como el hipo, después abandonado libremente, al coincidir con un transporte de goce sobrehumano; no es extraño que los aspectos más desérticos y leprosos de un sueño sean apenas un ruego en ese sentido, una espera obstinada del gozo total, como esa visión del agujero luminoso de la ventana vacía en el instante mismo en que Marcela, caída sobre el piso, lo inundaba infinitamente.

Era necesario que ese día, en medio de la tempestad sin lluvia y de la oscuridad hostil, Simone y yo abandonáramos el castillo y huyéramos como animales, sin ropa, y con la imaginación perseguida por el inmenso abatimiento que se apoderaría sin duda de nuevo de Marcela, haciendo de la desgraciada prisionera una especie de encarnación de la cólera y de los terrores que libraban incesantemente nuestros cuerpos al libertinaje. Pronto encontramos nuestra bicicleta y pudimos ofrecernos uno a otro el irritante espectáculo, teóricamente sucio, de un cuerpo desnudo y calzado montado sobre una máquina; pedaleábamos con rapidez sin reír y sin hablar, satisfechos recíprocamente de nuestras mutuas presencias, semejantes una a la otra, en el aislamiento común del impudor, del cansancio y del absurdo.

Estábamos agotados literalmente de fatiga; a mitad de una cuesta, Simone me detuvo diciéndome que tenía escalofríos: nuestras caras, espaldas y piernas chorreaban de sudor y en vano movíamos las manos, tocándonos con furor las distintas partes del cuerpo, mojadas y ardientes; a pesar del masaje cada vez más vigoroso que le daba, Simone tiritaba dando diente contra diente. Le quité una media para secar su cuerpo: tenía un olor cálido que recordaba a la vez los lechos de los enfermos y los lechos de la orgía. Poco a poco volvió a sus sentidos y finalmente me ofreció sus labios en señal de agradecimiento.

Me puse muy inquieto, estábamos todavía a diez kilómetros de X, y debido al estado en que nos encontrábamos era evidente que teníamos que llegar antes del alba. Apenas podía tenerme en pie y pensaba en la dificultad de terminar el paseo a través de lo imposible. El tiempo transcurrido desde que habíamos abandonado el mundo real, compuesto únicamente de personas vestidas, estaba tan lejos que parecía fuera de nuestro alcance; nuestra alucinación particular crecía cada vez más, apenas limitada por la global pesadilla de la sociedad humana, con la tierra, la atmósfera y el cielo.

La silla de cuero de la bicicleta se pegaba al culo desnudo de Simone, que se masturbaba fatalmente al pedalear. Además, la llanta trasera desaparecía casi totalmente ante mis ojos, no solamente en la horquilla sino en la hendidura del trasero desnudo de la ciclista: el movimiento de rotación de la rueda polvorienta podía asimilarse a mi sed y a esa erección que terminaría necesariamente por sepultarse en el abismo del culo pegado a la silla; el viento se había calmado un poco y dejaba ver una parte del cielo estrellado; me vino la idea de que la muerte era la única salida para mi erección; muertos Simone y yo, el universo de nuestra prisión personal, insoportable para nosotros, sería sustituido necesariamente por el de las estrellas puras, desligadas de cualquier relación con la mirada ajena, y advertí con calma, sin la lentitud y la torpeza humanas, lo que parecería ser el término de mis desenfrenos sexuales: una incandescencia geométrica (entre otras cosas, el punto de coincidencia de la vida y de la muerte, del ser y de la nada) y perfectamente fulgurante.

Estas representaciones estaban por supuesto vinculadas a la

contradicción de un estado de agotamiento prolongado y a una absurda erección del miembro viril; era muy difícil que Simone pudiera ver mi erección, debido por una parte a la oscuridad y por otra a la elevación rápida de mi pierna izquierda que continuamente la escondía cada vez que pedaleaba. Me parecía sin embargo que sus ojos, brillando en la oscuridad, se dirigían continuamente, a pesar de la fatiga, hacia el punto de ruptura de mi cuerpo; me di cuenta que se masturbaba cada vez con mayor violencia sobre la silla, que apretaba estrechamente entre sus nalgas. Como yo, tampoco ella había dominado la borrasca que representaba el impudor de su culo y dejaba escapar de repente roncos gemidos; el gozo la arrancó literalmente y su cuerpo desnudo fue proyectado sobre un talud, con un ruido terrible de acero que se arrastró sobre los guijarros, aunado a un grito agudo.

La encontré inerte, con la cabeza caída y un delgado hilo de sangre corriendo por la comisura del labio; mi angustia no tuvo límites; levanté bruscamente uno de sus brazos que volvió a caer inerte. Me precipité sobre su cuerpo inanimado, temblando de terror y mientras la tenía abrazada, sentí a pesar mío que me recorría un espasmo de luz y de sangre y una mueca vil del labio inferior que babeaba me apartaba los dientes como si fuese un idiota senil.

Simone regresaba lentamente a la vida: cuando uno de los movimientos involuntarios de su brazo me alcanzó, salí bruscamente del marasmo que me había abatido después de haber ultrajado lo que creí ser un cadáver; ninguna herida, ningún moretón marcaba el cuerpo que el liguero y una sola media continuaba vistiendo. La tomé en mis brazos, y sin tener en cuenta la fatiga, la conduje por la carretera, caminando tan rápido como me fue posible porque el día empezaba a nacer; sólo un esfuerzo sobrehumano me permitió llegar a la quinta y acostar sin problemas a mi maravillosa amiga, viva, sobre su propio lecho.

El sudor «orinaba» mi rostro y todo mi cuerpo, mis ojos estaban enrojecidos e hinchados, las orejas me zumbaban, los dientes me castañeteaban, mis sienes y mi corazón latían con desmesura; pero había salvado a la persona que más amaba en el mundo y pensaba que volveríamos a ver pronto a Marcela; me acosté como estaba, al lado del cuerpo de Simone, cubierto de polvo y sudor coagulado,

para entregarme en breve a pesadillas imprecisas.

# VI-SIMONE

Uno de los periodos más apacibles de mí vida tuvo lugar después del ligero accidente de Simone; estuvo un tiempo enferma. Cada vez que su madre aparecía, yo entraba al baño. Aprovechaba para orinar y hasta para bañarme; la primera vez que esa mujer quiso entrar en el baño fue detenida de inmediato por su hija.

—No entres allí —le dijo—, hay un hombre desnudo.

Simone no tardaba en correr a su madre y yo retomaba mi lugar en una silla al lado del lecho de la enferma. Fumaba, leía los periódicos y si encontraba entre las noticias historias de crímenes o historias sangrientas, se las leía en voz alta. De vez en cuando tomaba en mis brazos a Simone, que hervía de fiebre, para que orinara en el baño y luego la lavaba con precaución en el bidé. Estaba muy débil y yo apenas la tocaba. Pronto empezó a divertirse obligándome a tirar huevos en el depósito del excusado, huevos duros que se hundían y cascarones casi vacíos, para observar diferentes grados de inmersión. Permanecía durante largo tiempo sentada mirando los huevos; luego hacía que la sentara en el asiento para poderlos ver bajo su culo, entre las piernas abiertas, y por fin me hacía correr el agua.

Otro juego consistía en quebrar un huevo fresco en el borde del bidé y vaciarlo bajo ella: a veces orinaba encima, otras me obligaba a meterme desnudo y a tragarme el huevo crudo en el fondo del bidé; me prometió que cuando estuviese sana haría lo mismo delante de mí y también delante de Marcela.

Al mismo tiempo nos imaginábamos acostando un día a Marcela, con la falda levantada, pero calzada y cubierta con su ropa, en una bañera llena hasta la mitad de huevos frescos sobre los que orinaría después de reventarlos. Simone imaginaba también que yo sostendría a Marcela, esta vez sólo con el liguero y las medias, el culo en alto, las piernas replegadas y la cabeza hacia abajo; Simone

se vestiría con una bata de baño empapada en agua caliente y por tanto pegada al cuerpo, pero con los pechos al aire y montada sobre una silla blanca esmaltada con asiento de corcho; yo podría excitarle los senos tocándole los pezones con el cañón caliente de un largo revólver de ordenanza cargado, recién disparado (lo que nos habría excitado y además le hubiera dado al cañón el acre olor de la pólvora).

Entretanto haría caer desde lo alto, para hacerlo chorrear, un bote de crema fresca, de blancura resplandeciente, sobre el ano gris de Marcela; y también ella se orinaría sobre su bata, y si se entreabría la bata sobre la espalda o la cabeza de Marcela, yo también podría orinarla del otro lado (habiendo ya, seguramente, orinado sus senos); Marcela podría además, si ella quería, inundarme enteramente, puesto que, sostenida por mí, tendría mi cuello abrazado entre sus muslos. Podría también meter mi pinga en su boca, etc.

Después de esas ensoñaciones, Simone me rogaba que la acostase sobre unas colchas dispuestas cerca del retrete, e inclinando la cabeza, al tiempo que apoyaba sus brazos sobre el borde de la taza, podía mirar fijamente los huevos con los ojos muy abiertos. Yo también me instalaba a su lado para que nuestras mejillas y nuestras sienes pudieran tocarse. Acabábamos calmándonos después de contemplarlos largo tiempo. El ruido de absorción que se producía al tirarse la cadena divertía a Simone y le permitía escapar de su obsesión, de tal modo que, a fin de cuentas, acabábamos poniéndonos de buen humor.

Un día, justo a la hora que el sol oblicuo de las seis de la tarde aclaraba directamente el interior del baño, un huevo medio vacío fue sorbido de repente por el agua y tras llenarse, haciendo un ruido extraño, fue a naufragar frente a nuestros ojos; este incidente tuvo para Simone un significado tan extraordinario que, tendiéndose, gozó durante mucho tiempo mientras bebía, por decirlo así, mi ojo izquierdo entre sus labios; después, sin dejar de chupar este ojo tan obstinadamente como si fuera un seno, se sentó, atrayendo mi cabeza hacia ella, con fuerza sobre el asiento, y orinó ruidosamente sobre los huevos que flotaban con satisfacción y vigor totales.

A partir de entonces pudimos considerarla curada, y manifestó

su alegría hablándome largo y tendido acerca de diversos temas íntimos, aunque por lo general nunca hablaba ni de ella ni de mí. Me confesó sonriendo, que durante el instante anterior había tenido grandes ganas de satisfacerse plenamente; se había retenido para lograr un mayor placer: en efecto, el deseo ponía tenso su vientre e hinchaba su culo como un fruto maduro; además, mientras mi mano debajo de las sábanas agarraba su culo con fuerza, ella me hizo notar que seguía en el mismo estado y experimentaba una sensación muy agradable; y cuando le pregunté qué pensaba cuando oía la palabra orinar me respondió: burilar los ojos con una navaja, algo rojo, el sol. ¿Y el huevo? Un ojo de buey, debido al color de la cabeza (la cabeza del buey), y además porque la clara del huevo es el blanco del ojo y la yema de huevo la pupila. La forma del ojo era, según ella, también la del huevo. Me pidió que cuando pudiésemos salir, le prometiese romper huevos en el aire y a pleno sol, a tiros. Le respondí que era imposible, y discutió mucho tiempo conmigo para tratar de convencerme con razones. Jugaba alegremente con las palabras, por lo que a veces decía quebrar un ojo o reventar un huevo manejando razonamientos insostenibles.

Agregó todavía que, en este sentido, para ella el olor del culo era el olor de la pólvora, un chorro de orina un «balazo visto como una luz»; cada una de sus nalgas, un huevo duro pelado. Convinimos que nos haríamos traer huevos tibios, sin cáscara y calientes, para el excusado; me prometió que después de sentarse sobre la taza tendría un orgasmo completo sobre los huevos. Con su culo siempre entre mis manos y en el estado de ánimo que ella confesaba, crecía en mi interior una tormenta; después de la promesa empecé a reflexionar con mayor profundidad.

Es justo agregar que el cuarto de una enferma que no abandona el lecho durante todo el día, es un lugar adecuado para retroceder paulatinamente hasta la obscenidad pueril: chupaba dulcemente el seno de Simone esperando los huevos tibios y ella me acariciaba los cabellos. Fue la madre la que nos trajo los huevos, pero yo ni siquiera volteé, creyendo que era una criada y continué mamando el seno con felicidad; además ya no tenía el menor recato y no quería interrumpir mi placer; por eso, y cuando por fin la reconocí por la voz, tuve la idea de bajarme el pantalón como si fuese a satisfacer una necesidad, sin ostentación, pero con el deseo de que

se fuera y también con el gozo de no tener en cuenta ningún límite. Cuando decidió irse para reflexionar en vano sobre el horror que sentía, empezaba a oscurecer: encendimos la luz del baño. Simone estaba sentada sobre la taza y ambos comíamos un huevo caliente con sal: sobraban tres, con ellos acaricié dulcemente el cuerpo de mi amada, haciéndolos resbalar entre sus nalgas y entre sus muslos; luego los dejé caer lentamente en el agua, uno tras otro; después, Simone, que había observado largo rato cómo se sumergían, blancos y calientes, pelados, es decir desnudos, ahogados así bajo su bello culo, continuó la inmersión haciendo un ruido semejante al de los huevos tibios cuando caían.

Debo advertir que nada semejante volvió a ocurrir después entre nosotros, con una sola excepción: jamás volvimos a hablar de huevos, pero si por azar veíamos uno o varios huevos, no podíamos mirarnos sin sonrojarnos, con una interrogación muda y turbia en los ojos.

Al finalizar este relato se verá que esta interrogación hubiera podido quedarse indefinidamente sin respuesta y, sobre todo, que esa respuesta inesperada era necesaria para medir la inmensidad del vacío que se había abierto para nosotros, sin saberlo, durante esas curiosas diversiones con los huevos.

# VII-MARCELA

Por una especie de pudor evitábamos siempre hablar de los objetos más simbólicos de nuestra obsesión. Así, la palabra huevo fue tachada de nuestro vocabulario y nunca hablamos del interés que teníamos el uno por el otro y aún menos de lo que representaba Marcela para nosotros. Pasamos todo el tiempo de la enfermedad de Simone en una recámara, esperando el día en que pudiésemos regresar con Marcela, con la misma impaciencia que en la escuela esperábamos la salida de clases y, sin embargo, nos contentábamos con hablar vagamente del día en que pudiéramos regresar al castillo. Preparamos un cordel, una soga con nudos y una sierra de metal que Simone examinó con el mayor interés, mirando con atención cada uno de los nudos de la soga. Encontré las bicicletas que había escondido bajo la maleza el día de la caída y engrasé con todo cuidado las piezas, los cojinetes, las ruedecillas dentadas, además coloqué un calzapiés sobre mi bicicleta para poder llevar a una de las muchachas detrás de mí. Nada sería más fácil, al menos provisionalmente, que Marcela viviera como yo, secretamente, en la recámara de Simone. Nos veríamos obligados a acostarnos los tres en la misma cama (también usaríamos necesariamente la misma tina, etc.).

Pasaron en total seis semanas antes de que Simone pudiera seguirme en bicicleta hasta el sanatorio. Como la vez anterior, salimos durante la noche: yo seguía sin dejarme ver durante el día y teníamos razones suficientes para no desear atraer la atención. Tenía prisa por llegar al lugar que, confusamente, consideraba como «castillo encantado», gracias a la asociación de las palabras casa de salud y castillo, el recuerdo de la sábana fantasma y la impresión que producía una mansión tan grande y silenciosa durante la noche, poblada de locos. Cosa extraña: me parecía sobre todo que iba a mi casa, pues en ninguna otra parte me sentía cómodo. Esa fue la

impresión que tuve cuando salté la tapia del parque y el gran edificio apareció delante nuestro, entre árboles muy grandes; sólo la ventana de Marcela estaba aún encendida y abierta de par en par; con los guijarros de una avenida golpeamos su ventana y la muchacha nos reconoció de inmediato obedeciendo a la señal que le hicimos colocando un dedo sobre la boca; le enseñamos también la soga con los nudos para que comprendiese lo que pensábamos hacer. Le lancé el cordel lastrado con una piedra, y ella me lo devolvió después de haberlo amarrado detrás de un barrote. No hubo ninguna dificultad, pudimos izar la soga, Marcela la ató a un barrote y logré trepar hasta la ventana.

Cuando la quise abrazar, Marcela retrocedió. Se contentó con mirarme con atención infinita mientras yo limaba uno de los barrotes; le dije en voz muy baja que se vistiera para seguirnos, porque no tenía más vestido que una bata de baño. Me dio la espalda y se puso medias de seda color carne sobre las piernas, las sujetó a un liguero con listones carmesí, que realzaban su culo de una pureza de forma y de una finura de piel excepcionales. Seguí limando, ya cubierto de sudor por el esfuerzo y por lo que veía. Marcela, siempre de espaldas, cubrió con una blusa sus lisas y alargadas espaldas, cuya línea recta terminaba admirablemente en el culo cuando subía un pie sobre la silla. No se puso calzones, sólo una falda de lana gris plisada y un suéter a cuadritos negros, blancos y rojos. Así vestida, y calzada con zapatos de tacón bajo, regresó a la ventana y se sentó muy cerca de mí, tanto que podía acariciarme la cabeza, sus hermosos cabellos cortos, totalmente lacios y tan rubios que parecían más bien pálidos; me veía con afecto y parecía conmovida por la muda alegría con que yo la miraba.

—Podremos casarnos, ¿no es cierto? —me dijo por fin, amansándose poco a poco—; aquí se está muy mal, se sufre…

Jamás se me hubiera entonces siquiera ocurrido que no dedicaría el resto de mi vida a esa aparición tan irreal. Se dejó besar durante largo tiempo en la frente y en los ojos, y una de sus manos resbaló por casualidad sobre mi pierna y, mirándome con los ojos muy abiertos, me acarició antes de retirarla, por encima del traje, con un gesto ausente.

Después de mucho trabajar, logré limar el inmundo barrote; al

terminar, lo aparté con todas mis fuerzas, dejando un espacio suficiente para que ella pudiera pasar. Pasó, en efecto, y la hice descender ayudándola por abajo, lo que me obligaba a verle la parte superior del muslo y hasta tocarla para sostenerla. Cuando llegó al suelo, se acurrucó entre mis brazos y me besó en la boca con todas sus fuerzas, mientras Simone, sentada a nuestros pies, con los ojos húmedos de lágrimas, le estrechó las piernas con las dos manos, le besó las corvas y los muslos, limitándose primero a frotar su mejilla contra ella; pero sin poder contener un gran sobresalto de gozo terminó abriéndole el cuerpo y colocando sus labios en ese culo que devoró ávidamente.

Advertimos, sin embargo, que Marcela no comprendía absolutamente nada de lo que le pasaba y que era incapaz de diferenciar una situación de otra; sonreía imaginando la sorpresa del director del «castillo encantado» cuando la viera pasearse en el jardín con su marido. Apenas se daba cuenta de la existencia de Simone, a la que a veces tomaba riendo por un lobo, a causa de sus cabellos negros, de su mutismo y también porque de repente encontró la cabeza de mi amiga colocada dócilmente contra su muslo, como la de un perro que acabara de reclinar el hocico sobre la pierna de su amo. Cuando le hablaba del «castillo encantado», comprendía bien, sin pedirme explicaciones, que se trataba de la casa donde por maldad la habrían encerrado y, cada vez que pensaba en ella, el terror la apartaba de mí como si hubiera visto pasar algo entre los árboles. Yo la miraba con inquietud y como ya entonces tenía el rostro duro y sombrío, le causé miedo; casi de inmediato me pidió que la protegiese cuando regresase el Cardenal.

Estábamos tendidos a la luz de la luna, a las orillas de un bosque, deseando descansar un poco a mitad del viaje de regreso y, sobre todo, besar y mirar a Marcela.

—¿Quién es el Cardenal? —le preguntó Simone.

—El que me encerró en el armario —dijo Marcela.

—¿Pero por qué es un Cardenal? —grité.

De inmediato respondió: porque es el cura de la guillotina.

Recordé entonces el miedo terrible que le causé a Marcela cuando salió del armario y, en particular, dos cosas atroces: llevaba sobre la cabeza un gorro frigio, accesorio de refajo de un rojo enceguecedor; además, debido a las cortadas que me hizo una joven

a la que había violado, mi rostro, mis ropas y mis manos estaban totalmente manchadas de sangre.

El Cardenal, cura de la guillotina, se confundía en el terror de Marcela, con el verdugo manchado de sangre y tocado con el bonete frigio: una extraña coincidencia de piedad y repugnancia por los sacerdotes explicaba esta confusión que para mí permanece vinculada a mi dureza real y al horror que siempre me inspira la necesidad de mis acciones.

# VIII-LOS OJOS ABIERTOS DE LA MUERTA

Me quedé de pronto desamparado ante ese descubrimiento inesperado. Simone también. Marcela se adormecía a medias entre mis brazos; no sabíamos qué hacer. Tenía el vestido levantado y podíamos ver su pelambre gris entre los listones rojos, al final de sus largos muslos, a manera de extraordinaria alucinación en un mundo tan frágil que parecía que de un soplo podía convertirnos en luz. No nos atrevíamos a movernos y sólo deseábamos que esa inmovilidad irreal durase el mayor tiempo posible y que Marcela se durmiese completamente.

Me sentí recorrido por un deslumbramiento que me agotaba y no sé cómo hubiese terminado todo si, de pronto, Simone no se hubiese movido suavemente; su mirada turbia se detenía alternativamente sobre mis ojos o sobre la desnudez de Marcela: abrió los muslos diciendo en voz exhausta que no podía contenerse más.

Inundó su ropa con una grande convulsión que acabó de desnudarla e hizo brotar un chorro de semen entre mi pantalón.

Me extendí sobre la hierba, con el cráneo apoyado en una gran piedra plana y los ojos abiertos a la Vía Láctea, extraño boquete de esperma astral y de orina celeste, que atravesaba la bóveda craneana formada por el círculo de las constelaciones; esta rajadura abierta en la cima del cielo y compuesta aparentemente de vapores de amoníaco, brillantes a causa de la inmensidad, en el espacio vacío, se desgarraba absurdamente como un canto de gallo en medio del silencio total; era un huevo, un ojo reventado o mi propio cráneo deslumbrado y pesadamente pegado a la piedra proyectando hacia el infinito imágenes simétricas. El repugnante grito del gallo coincidía en particular con mi propia vida: es decir, ahora con el Cardenal, debido a la rajadura, al color rojo, a los gritos inarmónicos que habían sido provocados en el armario y también

porque a los gallos se les degüella.

A muchos el universo les parece honrado; las gentes honestas tienen los ojos castrados. Por eso temen la obscenidad. No sienten ninguna angustia cuando oyen el grito del gallo ni cuando se pasean bajo un cielo estrellado. Cuando se entregan «a los placeres de la carne», lo hacen a condición de que sean insípidos.

Pero ya desde entonces no me cabía la menor duda: no amaba lo que se llama «los placeres de la carne» porque en general son siempre sosos; sólo amaba aquello que se califica de «sucio». No me satisfacía tampoco el libertinaje habitual, porque ensucia sólo el desenfreno y deja intacto, de una manera u otra, algo muy elevado y perfectamente puro. El libertinaje que yo conozco mancha no sólo mi cuerpo y mi pensamiento, sino todo lo que es posible concebir, es decir, el gran universo estrellado que juega apenas el papel de decorado.

Asocio la luna a la sangre de la vagina de las madres, de las hermanas, a las menstruaciones de repugnante olor… Amé a Marcela sin llorar por ella. Si murió, murió por mi culpa. A pesar de que he tenido pesadillas y a pesar de que he llegado a encerrarme durante horas en una cueva, precisamente porque pienso en Marcela, estaría siempre dispuesto a recomenzar, por ejemplo, a sumergirla boca abajo en la taza de un excusado, mojándole los cabellos. Pero ha muerto y me veo reducido a ciertos hechos catastróficos que me acercan a ella en el momento en que menos lo espero. Si no fuera por eso, me sería imposible percibir la más mínima relación entre la muerta y yo, lo que me produce durante la mayor parte de mis días un aburrimiento inevitable.

Me limitaré a consignar aquí que Marcela se colgó después de un accidente fatal. Reconoció el gran armario normando y le castañetearon los dientes: de inmediato comprendió al mirarme que el hombre a quien llamaba el Cardenal era yo, y como se puso a dar alaridos, no hubo otra manera de acallarlos que salir del cuarto. Cuando Simone y yo regresamos, se había ahorcado en el armario… Corté la cuerda, pero ella estaba muerta. La instalamos sobre la alfombra, Simone vio que tenía una erección y empezó a masturbarme. Me extendí también sobre la alfombra, pero era imposible no hacerlo. Simone era aún virgen y le hice el amor por vez primera, cerca del cadáver. Nos hizo mucho mal, pero

estábamos contentos, justo porque nos hacía daño. Simone se levantó y miró el cadáver. Marcela se había vuelto totalmente una extraña, y en ese momento Simone también. Ya no amaba a ninguna de las dos, ni a Simone ni a Marcela, y si me hubieran dicho que era yo el que acababa de morir, no me hubiera extrañado, tan lejanos me parecían esos acontecimientos. Miré a Simone y recuerdo que lo único que me causó placer fue que empezara a hacer porquerías; el cadáver la irritaba terriblemente, como si le fuese insoportable constatar que ese ser parecido a ella ya no la sintiese; la irritaban sobre todo los ojos. Era extraordinario que no se cerrasen cuando Simone inundaba su rostro. Los tres estábamos perfectamente tranquilos y eso era lo más desesperante. Todo lo que significa aburrimiento se liga para mí a esa ocasión, y sobre todo a ese obstáculo tan ridículo que es la muerte. Y sin embargo, eso no impide que piense en ella sin rebelarme y hasta con un sentimiento de complicidad. En el fondo, la ausencia de exaltación lo volvía todo mucho más absurdo y así, Marcela, muerta, estaba más cerca de mí que viva, en la medida en que, imagino, lo absurdo tiene todos los derechos.

Que Simone se haya atrevido a orinar sobre el cadáver por aburrimiento o, en rigor, por irritación, prueba hasta qué punto nos era imposible comprender lo que pasaba, aunque en realidad tampoco ahora es más comprensible que entonces. Simone era incapaz de concebir la muerte cotidiana, que se mira por costumbre; estaba angustiada y furiosa, pero no le tenía ningún respeto. Marcela nos pertenecía de tal modo en nuestro aislamiento que no podíamos ver en ella una muerta como las demás. Nada de aquello podía reducirse al rasero común, y los impulsos contradictorios que nos gobernaban aquel día se neutralizaron cegándonos y, por decirlo de algún modo, nos colocaron muy lejos de lo tangible, en un mundo donde los gestos no tienen ya ningún peso, como voces en un espacio que careciese totalmente de sonido.

# IX-ANIMALES OBSCENOS

Para evitar las molestias de una investigación policíaca, nos fuimos de inmediato a España, en donde Simone podía contar con el auxilio de un riquísimo inglés que ya le había propuesto mantenerla y que, sin lugar a dudas, era la persona más capaz de interesarse en nuestro caso.

Abandonamos la quinta a mitad de la noche. No fue difícil robar una barca, llegar a un punto alejado de la costa española, quemarla allí totalmente, mediante dos latas de gasolina que habíamos tenido la precaución de tomar de la cochera de la quinta. Durante el día Simone me dejó escondido en un bosque para encontrarse con el inglés en San Sebastián. Regresó al caer la noche, conduciendo un magnífico coche donde había valijas llenas de ropa y de vestidos lujosos.

Simone me dijo que Sir Edmond nos encontraría en Madrid; todo el día le había hecho las más minuciosas preguntas sobre la muerte de Marcela, obligándola incluso a que dibujase planos y un croquis. Acabó enviando a un criado a que comprase un maniquí de cera con peluca rubia y le había pedido a Simone que orinara sobre la figura del maniquí tirado en el suelo, sobre los ojos abiertos, en la misma posición en que ella había meado sobre los ojos del cadáver: Durante todo ese tiempo Sir Edmond no había tocado siquiera a la muchacha.

Después del suicidio de Marcela, Simone había cambiado mucho; miraba al vacío y se hubiera creído que pertenecía a otro mundo distinto del terrestre, donde todo le aburría; sólo tenía apego a la vida durante los orgasmos, mucho menos frecuentes, pero incomparablemente más violentos que antes. Eran tan distintos de los goces corrientes como podía ser la risa de los salvajes frente a la de los occidentales. Los salvajes ríen tan moderadamente como los blancos, pero suelen tener accesos de risa durante los cuales

todo su cuerpo se libera con violencia, haciéndolos dar vueltas, agitar en el aire los brazos, sacudir el vientre, el cuello y el pecho, cacareando con un ruido terrible. Simone empezaba por abrir los ojos, con inseguridad, ante alguna escena obscena y triste… Un día, Sir Edmond hizo arrojar y encerrar en un chiquero muy angosto y sin ventanas, a una pequeña y deliciosa puta de Madrid, que cayó en camisón corto en una charca de estiércol líquido bajo las cochinas que gruñían. Una vez cerrada la puerta, Simone hizo que yo la penetrara largo rato, con el culo en el lodo, frente a la puerta, cuando lloviznaba, mientras Sir Edmond se masturbaba.

Se me escapó hipando, se cogió el culo con ambas manos, golpeando con la cabeza contra el suelo, boca arriba; estuvo así unos segundos sin respirar, y con las manos se abría con fuerza el sexo, encajándose las uñas; se desgarró de golpe y se desencadenó por tierra como un ave degollada, hiriéndose con un ruido terrible contra los herrajes de la puerta. Sir Edmond le ofreció su muñeca para que se la mordiera y poder calmar el espasmo que seguía sacudiéndola; tenía el rostro manchado de saliva y de sangre; después de esos accesos venía a colocarse entre mis brazos; ponía su culo en mis grandes manos abiertas y permanecía largo rato sin moverse, sin hablar, acurrucada como una niña, pero siempre hosca.

Frente a esos entremeses obscenos que Sir Edmond se ingeniaba en procurarnos, Simone prefería las corridas de toros. Tres momentos le cautivaban en las corridas: primero, cuando el animal sale del toril como bólido, semejante a una enorme rata; segundo, cuando sus cuernos se hunden hasta el cráneo en el lomo de una yegua; tercero, cuando la absurda yegua desventrada galopa a través del ruedo coceando a contratiempo, para desparramar entre las patas un paquete de entrañas de inmundos colores pálidos blanco, rosa y gris nacarado. Muy especialmente se conmovía cuando la vejiga reventada soltaba de golpe, sobre la arena, un charco de orina de yegua.

Durante toda la corrida permanecía angustiada, y su terror revelaba en el fondo un irrefrenable deseo de ver al torero proyectado en el aire por una de las monstruosas cornadas que el toro lanza a toda carrera, ciegamente, al vacío de la capa de color. Hay que decir, además, que sin detenerse, incansable, el toro pasa

una y otra vez a través de la capa a un palmo de la línea erecta del cuerpo, provocando la sensación de lanzamiento total y repetido, característica del coito. La extrema proximidad de la muerte se siente del mismo modo en ambos casos. Esos pases prodigiosos son raros y desencadenan un verdadero delirio en los ruedos; es bien sabido que en esos patéticos momentos de la corrida, las mujeres se masturban con el simple frotamiento de los muslos.

Hablando de corridas, Sir Edmond le contó un día a Simone que hasta hacía muy poco era costumbre de los españoles viriles —por lo general toreros aficionados si se presentaba la ocasión— pedirle al conserje de la plaza los testículos asados del primer toro. Se los hacían llevar a su asiento, en la primera fila, y los comían mientras contemplaban morir a los siguientes toros. Simone se interesó enormemente en el relato y, como al domingo siguiente íbamos a asistir a la primera gran corrida de la temporada, pidió a Sir Edmond los testículos del primer toro, exigiéndole que estuvieran crudos.

—Pero, veamos —objetó Sir Edmond—, ¿para qué los quiere crudos? ¿Se los va a comer así?

—Los quiero tener delante de mí en un plato —contestó con determinación Simone.

# X-EL OJO DE GRANERO

El 7 de mayo de 1922, toreaban en la plaza de Madrid, La Rosa, Lalanda y Granero; en España, los dos últimos eran considerados como los mejores matadores, y Granero como superior a Lalanda. Acababa de cumplir veinte años y era ya muy popular: bello, grande y de una simpleza todavía infantil. Simone se había interesado vivamente por él, y excepcionalmente manifestó un verdadero placer cuando Sir Edmond anunció que el célebre matador había aceptado cenar con nosotros después de la corrida.

Granero se diferenciaba de los otros matadores en que no tenía aspecto de carnicero, sino de príncipe encantador, muy viril y de perfecta esbeltez. En este sentido, el traje del torero destaca la línea recta, erguida y tiesa como un chorro cada vez que el toro arremete junto al cuerpo y porque, además, modela exactamente el culo. El trozo de género encendido, la espada centelleante, el toro que agoniza, cuyo pelaje humea a causa del sudor y de la sangre, producen la metamorfosis al liberar el aspecto más fascinante del juego. Hay que añadir el tórrido cielo, particular de España, que no es en absoluto coloreado y duro como se imagina: apenas perfectamente solar, con una luminosidad brillante, blanda, caliente y turbia, a veces irreal, a fuerza de sugerir la libertad de los sentidos debido a la intensidad de la luz aunada al calor. Esa irrealidad extrema del brillo solar se liga indisolutamente a lo ocurrido el siete de mayo. Los únicos objetos que he conservado en mi vida son un abanico de papel redondo, medio amarillo y medio azul, que Simone llevaba ese día, y un pequeño folleto ilustrado que relata los acontecimientos con algunas fotografías. En un embarque que hice años después, la pequeña valija que contenía esos recuerdos cayó al mar, de donde la sacó un árabe con una pértiga, por lo que están en mal estado, pero los necesito para poder vincular a un lugar geográfico, a una fecha precisa, aquello que en mi imaginación es

sólo una simple alucinación causada por la delicuescencia solar.

El primer toro, cuyos testículos crudos esperaba Simone, era una especie de monstruo negro cuya salida del toril fue tan fulminante que a pesar de los esfuerzos y de los gritos destripó tres caballos antes de que nadie pudiese poner orden en la lidia. Una de las veces, caballo y caballero fueron levantados al aire y cayeron detrás de los cuernos con estrépito. Cuando Granero se acercó al toro, empezó el combate con brío, entre un delirio de aclamaciones. El joven envolvía a la bestia furiosa con su capa; cada vez que el toro se lanzaba contra su cuerpo, se elevaba en una especie de espiral para evitar de cerca un horrible choque. Por fin, mató al monstruo solar con limpieza: la bestia enceguecida por el rojo género, con la espada hundida profundamente en el cuerpo ya ensangrentado; una ovación delirante se produjo cuando el toro, con torpeza de borracho, se arrodilló, cayendo con las patas al aire al tiempo que expiraba.

Simone, que había estado sentada junto a Sir Edmond y yo, contempló la matanza con una exaltación por lo menos igual a la mía y no quiso volverse a sentar cuando terminó la delirante ovación. Me tomó de la mano sin decir palabra y me llevó a un patio exterior, al ruedo que apestaba a orines de caballo y de hombre, debido al terrible calor. Tomé a Simone por el culo, ella agarrando mi verga erecta debajo del pantalón. Entramos a los cagaderos hediondos, donde moscas sórdidas revoloteaban en torno a un rayo de sol; allí, de pie, desnudando el culo de la joven, metí primero mis dedos y luego el miembro viril en su carne babosa y color de sangre; entré en esa caverna sanguinolenta mientras le manoseaba el culo, penetrándoselo con mi huesoso dedo medio. La furia de nuestras bocas se unió en una tempestad de saliva.

El orgasmo del toro no es superior al que, quebrándonos los riñones, nos desgarró: mi grueso miembro no retrocedió ni un palmo fuera de esa vulva, llena hasta el fondo, saturada de semen, La fuerza de los latidos del corazón no se calmó en nuestros pechos, deseosos de desnudarnos y tocarnos con las manos mojadas y enfebrecidas; Simone, con el culo tan ávido como antes y yo, con la verga obstinadamente erecta, regresamos juntos a la primera fila. Cuando llegamos a nuestro lugar, cerca de Sir Edmond, a pleno sol y en el sitio de mi amiga, encontramos un plato blanco con los

testículos pelados; aquellas glándulas de grosor y forma de un huevo y de blancura nacarada, sonrosada apenas, eran idénticos al globo ocular: acababan de quitárselos al primer toro, de pelaje negro y en cuyo cuerpo Granero había hundido la espada.

—Son los testículos crudos —comentó Sir Edmond con ligero acento inglés.

Simone se había arrodillado frente al plato y lo miraba con interés pero con una turbación sin precedentes. Parecía saber lo que quería pero no cómo hacerlo y eso la exasperaba; tomé el plato para que se sentase, pero ella me lo quitó bruscamente diciendo «no» con un tono categórico para volverlo a colocar en la grada.

Sir Edmond y yo empezamos a preocuparnos porque llamábamos la atención de nuestros vecinos, justo en el momento en que la corrida languidecía. Le pregunté al oído lo que le pasaba.

—¡Idiota! —me respondió—, ¿no te das cuenta que quiero sentarme en el plato y que todos me miran?

—Pero es imposible —le repliqué—. ¡Siéntate!

Retiré el plato y la obligué a sentarse al tiempo que la miraba para que comprendiese que yo recordaba el plato de leche y que su deseo renovado me turbaba. A partir de ese momento no pudimos estarnos quietos y nuestro malestar llegó a tal punto que contagiamos a Sir Edmond. La corrida se ponía aburrida; toros flojos eran lidiados por matadores que no sabían su oficio y, sobre todo, Simone había pedido asientos de sol: estábamos envueltos en una neblina de luz y de calor pegajoso que nos resecaba la garganta y nos oprimía.

Simone no podía alzarse el vestido y sentar su trasero desnudo en el plato de los testículos crudos. Debía limitarse a conservar el plato sobre las rodillas. Le dije que quería hacerle el amor antes que regresase Granero, hasta el cuarto toro, pero se negó y permaneció vivamente interesada: los destripamientos de los caballos, seguidos como ella decía de «pérdida y estrépito», es decir, de una catarata de tripas, la embriagaban.

Los rayos del sol nos sumían poco a poco en una irrealidad acorde con nuestra desazón, es decir, a nuestro impotente deseo de estallar y desnudarnos. Gesticulábamos por el sol, la sed y la exasperación de los sentidos, incapaces de tranquilizarnos. Habíamos alcanzado los tres esa delicuescencia morosa en la que ya

no existe ninguna concordancia entre las diversas contracciones del cuerpo.

Ni la aparición de Granero logró sacarnos de este marasmo embrutecedor. El toro era desconfiado y parecía poco valiente: la corrida continuaba sin ningún interés.

Lo que sucedió después se produjo sin transición y casi sin hilazón aparente, no porque las cosas no estuviesen ligadas sino porque mi atención ausente permaneció totalmente disociada. En pocos momentos vi primero a Simone mordiendo, para mi espanto, uno de los testículos crudos, luego, a Granero avanzar hasta el toro con un paño escarlata, y, más o menos al mismo tiempo, a Simone, acalorada con un impudor sofocante, descubrir sus largos muslos blancos hasta su vulva húmeda en la que hizo entrar, lenta y seguramente el otro globo pálido; a Granero, derribado, acosado contra la barrera, en la que los cuernos lo tocaron tres veces a voleo: una cornada atravesó el ojo derecho y toda la cabeza. El grito de terror inmenso coincidió con el orgasmo breve de Simone que, levantándose del asiento fue lanzada contra la baldosa, boca arriba, sangrando por la nariz y bajo un sol que la enceguecía. Varios hombres se precipitaron para transportar el cadáver de Granero, cuyo ojo derecho colgaba fuera de su órbita.

# XI-BAJO EL SOL DE SEVILLA

Bruscamente animados por un movimiento a la vez simultáneo y contrario se habían unido dos globos de consistencia y grosor semejantes: uno, el testículo blanco del toro, había entrado en el culo «rosa y negro» de Simone, desnudado ante la muchedumbre; el otro, el ojo humano, había saltado fuera del rostro de Granero con la misma fuerza que sale del vientre el bulto de las entrañas. Esta coincidencia, ligada a la muerte y a una especie de licuefacción urinaria del cielo, nos acercó por vez primera a Marcela, desgraciadamente por un momento muy corto y casi inconsistente, pero con un brillo tan turbio que me adelanté con paso sonámbulo como si fuese a tocarla a la altura de los ojos.

Al cabo de un momento todo volvió a su aspecto habitual, interrumpido, después de la muerte de Granero, por obsesiones encegadoras. Simone estaba de tan mal humor que le dijo a Sir Edmond que no se quedaría ni un día más en Madrid; le interesaba mucho Sevilla, a causa de su reputación de ciudad de placeres.

Sir Edmond, que se embriagaba de placer satisfaciendo los caprichos del «ser más angélico y simple que haya existido en la tierra», nos acompañó a Sevilla al día siguiente. Allí tuvimos una luz y un calor aún más delicuescentes que en Madrid; además, una excesiva abundancia de flores en las calles, geranios y adelfas, que acababan de enervar los sentidos.

Simone se paseaba desnuda bajo un vestido blanco, tan ligero que podía adivinarse su liguero rojo bajo la tela y hasta, en determinadas posiciones, su pelambre. Hay que agregar también que en esta ciudad todo contribuía a darle brillo a su sensualidad, al grado que cuando pasábamos por las tórridas calles, veía a menudo cómo las vergas tensaban los pantalones.

En realidad no dejábamos de hacer el amor. Evitábamos el orgasmo y visitábamos la ciudad, única forma de no tener mi

miembro sumergido interminablemente dentro de su «estuche». Solamente aprovechábamos las ocasiones propicias durante los paseos. Dejábamos un lugar propicio con el único objetivo de buscar otro. Una sala vacía de museo, una escalera, una avenida de jardín rodeada de altos arbustos, una iglesia abierta —en la noche, en las calles desiertas—. Caminábamos hasta no encontrar algo semejante y apenas veíamos el lugar, yo abría el cuerpo de la joven, levantándole una pierna y de un solo golpe hacía entrar como dardo mi verga hasta el fondo de su culo. Unos momentos después sacaba, todo humeante, mi miembro de su «establo» y reiniciábamos el paseo. Por lo general, Sir Edmond nos seguía de cerca con el propósito de sorprendernos: se ponía color de púrpura, pero nunca se aproximaba. Si se masturbaba lo hacía discretamente, no por reserva, es verdad, sino porque todo lo hacía aislado, de pie y en una rigidez casi absoluta, y contrayendo terriblemente los músculos.

—Esto es muy interesante —nos dijo un día—, mostrándonos una iglesia. Es la iglesia de Don Juan.

—¿Y qué? —contestó Simone.

—Usted quédese aquí, conmigo —respondió Sir Edmond dirigiéndose primero a mí—; usted, Simone, debería entrar a la iglesia sola.

—¿Por qué?

Fuera o no comprensible, la curiosidad la hizo entrar y nosotros la esperamos en la calle.

Cinco minutos después, Simone reapareció en el umbral de la iglesia. Nos quedamos como estúpidos: no sólo se moría de risa, sino que no podía ni hablar, ni dejar de reír, tanto, que mitad por contagio y mitad por la violencia de la luz, yo comencé a reír como ella y, hasta cierto punto, Sir Edmond.

—*Bloody girl* —dijo este último—. ¿No puede usted explicarnos por qué ríe? Estábamos justo sobre la tumba de Don Juan.

Y riendo con todas sus ganas, nos mostró, bajo nuestros pies, una gran placa funeraria de cobre. Era la tumba del fundador de la iglesia, de quien se dice que era el propio Don Juan: arrepentido, se había hecho enterrar junto al umbral para ser hollado por los fieles que entran o salen de la iglesia.

Pronto la crisis de risa redobló: a fuerza de reír, Simone había orinado ligeramente y un pequeño hilo de orina había recorrido sus

piernas y caído sobre la placa de cobre.

Constatamos otro efecto de este accidente: la ligera tela del vestido se había mojado y adherido al cuerpo totalmente transparente, dejando ver el hermoso vientre y los muslos de Simone de manera particularmente impúdica; negro entre los listones rojos del liguero.

—Entremos a la iglesia —dijo Simone con un poco más de calma —. Ya se secará.

Entramos de repente en una gran sala donde Sir Edmond y yo buscamos en vano el cómico espectáculo que la muchacha no había podido explicar.

La sala era relativamente fresca y estaba iluminada por unas ventanas cubiertas de cortinas de cretona rojo vivo y transparente. El techo era de madera artesonada y labrada, los muros encalados pero ornados de diferentes objetos sacros más o menos dorados. El fondo estaba ocupado, desde el piso al techo, por un altar y por un gigantesco remate de altar de estilo barroco en madera dorada. A fuerza de ornamentos retorcidos y complicados, este altar, que evocaba a la India, con sus sombreados profundos y sus resplandores de oro, me pareció misterioso y destinado para el amor. A la derecha e izquierda de la puerta estaban colgados dos célebres cuadros de Valdés Leal que representaban cadáveres en descomposición: cosa notable, en la órbita ocular de uno de ellos se veía entrar una rata. Pero nada en el conjunto parecía cómico.

Al contrario era suntuoso y sensual: el juego de sombras y la luz de las cortinas rojas, la frescura y un fuerte olor especiado de las adelfas en flor, junto al vestido pegado al pelambre de Simone, todo me excitaba a desnudar el culo de Simone sobre las baldosas, cuando, cerca de un confesionario, descubrí los pies calzados de seda negra de una penitente.

—Quiero verlos salir —dijo Simone.

Se sentó cerca de mí, no lejos del confesionario, y me tuve que contentar con acariciarle el cuello, la nuca y la espalda con mi verga. Se excitó tanto que me dijo que si no me guardaba el miembro en el pantalón, me masturbaría hasta hacerlo descargar.

Tuve que sentarme y contentarme con mirar la desnudez de Simone a través de la tela mojada, y en ocasiones al natural porque secaba sus muslos mojados, levantándose el vestido.

—Ya verás —me dijo.

Esperé pacientemente el final del enigma. Tras una larga espera, una mujer morena, muy bella y joven, salió del confesionario con las manos unidas y con el rostro pálido y extático: con la cabeza echada hacia atrás y los ojos en blanco, atravesó la sala con pasos lentos, como espectro de ópera. Era tan inesperado que tuve que apretar las piernas con violencia para no reír; la puerta del confesionario se abrió y entonces apareció un nuevo personaje, un sacerdote rubio, muy joven, muy bello, con un largo rostro enjuto y los pálidos ojos de un santo; mantenía los brazos cruzados sobre el pecho y permanecía de pie junto al umbral del armario, con la mirada alzada al techo como si una aparición celeste pudiera hacerlo levitar.

El sacerdote avanzó como la joven y hubiera desaparecido también sin decir nada si Simone, para mi gran sorpresa, no lo hubiese detenido bruscamente. Una idea increíble se le había ocurrido: saludó al visionario y le pidió confesión.

El sacerdote, inmerso en un éxtasis, señaló apenas el confesionario con aire distante, entró en el armario y cerró la puerta dulcemente, tras él, sin decir palabra.

# XII-LA CONFESIÓN DE SIMONE Y LA MISA DE SIR EDMOND

No es difícil imaginar mi estupor cuando vi que Simone se instalaba, arrodillándose, en la guarida del lúgubre confesor. Mientras ella se confesaba, yo esperaba con interés extraordinario lo que resultaría de un gesto tan imprevisto. Supuse que el sórdido personaje se precipitaría de su caja para flagelar a la impía. Me dispuse a tirar y golpear al horrible fantasma, pero no sucedió nada: el confesionario permaneció cerrado y Simone no cesaba de hablar frente a la ventana enrejada.

Empecé a cambiar miradas interrogantes con Sir Edmond, pero las cosas empezaron a aclararse poco a poco. Simone empezó a tocarse los muslos, a mover las piernas; mantenía una rodilla sobre el reclinatorio, avanzaba un pie delante, mientras continuaba en voz baja su confesión. Me pareció que se masturbaba.

Me acerqué suavemente a su lado para descubrir lo que pasaba; en efecto, Simone se estaba masturbando con el rostro pegado a la reja, cerca de la cabeza del sacerdote, con los miembros tensos, los muslos separados, los dedos metidos dentro de la vagina; podía tocarla y le agarré el culo un instante. Entonces oí que decía claramente.

—Padre, aún no le he dicho lo más grave.

Siguió un momento de silencio.

—Lo más grave, padre, es que me estoy masturbando mientras me confieso.

Nuevos murmullos en el interior, y por fin y en voz alta:

—Si no lo crees, te lo muestro.

Se levantó, abrió un muslo frente al ojo de la garita, masturbándose con mano rápida y segura.

—Entonces, cura —gritó Simone, golpeando con fuerza el

confesionario—, ¿qué haces en la barraca?, ¿también te masturbas?

Pero del confesionario no salió ningún ruido.

—¿Abro entonces?

Y Simone abrió la puerta.

En el interior, el visionario de pie, con la cabeza baja y secándose una frente perlada, repugnantemente perlada de sudor. La joven hurgó por debajo de la sotana, el cura no se movió. Levantó la inmunda falda negra y sacó la larga verga rosada y dura: el cura sólo echó la cabeza hacia atrás con un gesto y un silbido. No impidió que Simone se metiera esa bestialidad en la boca y la mamara con furor. Sir Edmond y yo, estupefactos, permanecimos inmóviles. La admiración me clavaba en mi sitio; no supe qué hacer sino hasta que el enigmático inglés se adelantó con resolución al confesionario y con delicadeza, apartó a Simone de allí; tomó a la larva de la mano y la sacó de su agujero extendiéndola brutalmente sobre las baldosas, a nuestros pies: el inmundo sacerdote yacía como cadáver, con los dientes contra el suelo, sin gritar. Lo llevamos a cuestas hasta la sacristía.

Permanecía desbraguetado, con la pinga colgando, el rostro lívido y cubierto de sudor, sin resistir, y respirando con trabajo: lo instalamos en un gran sillón de madera de formas arquitectónicas.

—Señores —balbuceaba lacrimoso el miserable—, no soy un hipócrita.

—No —contestó Sir Edmond—, con un tono categórico.

Simone le preguntó.

—¿Cómo te llamas?

—Don Aminado —respondió el cura.

Simone abofeteó a la carroña sacerdotal, haciéndola tambalear. Luego la despojó totalmente de sus vestiduras, sobre las que Simone, acuclillada, orinó como perra. Luego lo masturbó y se la mamó, mientras que yo orinaba sobre su nariz. Al llegar al colmo de la excitación, a sangre fría enculé a Simone que mamaba con furor.

Sir Edmond contemplaba la escena con su característica expresión de *hard labour* (sic); inspeccionó con cuidado la habitación donde nos habíamos refugiado. Descubrió una llavecita colgada de un clavo.

—¿De dónde es esta llave? —le preguntó a Don Aminado.

Por la expresión de terror que contrajo el rostro del sacerdote,

Sir Edmond reconoció la llave del Tabernáculo.

Al cabo de un instante regresó, trayendo un copón de oro, de estilo recargado, con muchos angelotes desnudos como amorcillos. El infeliz sacerdote miraba fijamente el receptáculo de las hostias consagradas en el suelo y su hermoso rostro de idiota, alterado por las dentelladas y los lengüetazos con que Simone flagelaba su verga, se había puesto a jadear.

Sir Edmond había atrancado la puerta; buscando en los armarios acabó por encontrar un gran cáliz. Nos pidió que le dejáramos por un momento al miserable.

—Mire —le dijo a Simone—, las hostias están en el copón y en el cáliz se echa vino blanco.

—Huele a semen —dijo ella—, olisqueando las hostias.

—Así es —asintió Sir Edmond—, como ves, las hostias no son otra cosa que la esperma de Cristo bajo la forma de galletitas blancas. En cuanto al vino que se pone en el cáliz, los eclesiásticos dicen que es la sangre de Cristo, pero es evidente que se equivocan. Si de verdad fuera la sangre, beberían vino tinto, pero como sólo beben vino blanco, demuestran que en el fondo de su corazón saben bien que es orina.

La lucidez de esta demostración era convincente: Simone, sin más explicaciones, agarró el cáliz y yo el copón, y nos dirigimos a Don Aminado que, inerte, en su sillón, se agitaba apenas por un ligero temblor que le recorría el cuerpo.

Simone le asestó un gran golpe en el cráneo con la base del cáliz, sacudiéndolo y acabando de atontarlo. Luego volvió a mamársela, lo que le produjo siniestros estertores. Habiéndolo llevado al colmo de la excitación de los sentidos, lo movió fuertemente, ayudada por nosotros, y dijo con un tono que no admitía réplica.

—Ahora, ¡a mear!

Volvió a golpearlo con el cáliz en el rostro; al tiempo que se desnudaba delante de él y yo la masturbaba.

La mirada de Sir Edmond, fija con dureza en los ojos imbecilizados del joven sacerdote, produjo el resultado esperado; Don Aminado llenó ruidosamente con su orina el cáliz que Simone sostenía bajo su gruesa verga.

—Y ahora, ¡bebe! —exigió Sir Edmond.

El miserable bebió con éxtasis inmundo un solo trago goloso.

# XIII-LAS PATAS DE MOSCA

Dejamos caer la carroña: se abatió con ruido sobre el piso. Sir Edmond, Simone y yo estábamos animados por la misma determinación tomada a sangre fría, unida a una exaltación y ligereza de espíritu increíbles. El sacerdote había descargado y yacía, apretando los dientes, contra el piso, rabioso y avergonzado: con los testículos vacíos su abominable situación era aún más terrible.

Decía gimiendo: ¡Miserables sacrílegos!, y otras quejas incomprensibles.

Sir Edmond lo sacudió con el pie; el monstruo se sobresaltó y reculó, sonrojándose de rabia, de manera tan ridícula que empezamos a reír.

—Levántate —ordenó Sir Edmond—, vas a cogerte a esta girl.

—Miserables, —amenazaba Don Aminado con voz estrangulada —, la justicia española… la cárcel, el garrote…

—Pero olvidas que es tu semen —observó Sir Edmond.

Una mueca feroz, un estremecimiento de bestia acorralada fue la respuesta… después.

—El garrote también para mí… Pero primero para ustedes tres…

—Pobre idiota —repitió con sorna Sir Edmond—: ¡Primero! ¿Crees que voy a dejarte esperar tanto tiempo? ¡Primero!

El imbécil miró a Sir Edmond con estupor: una expresión zafia se dibujó en su hermoso rostro. Un gozo absurdo le abrió la boca, cruzó los brazos sobre su pecho y nos miró con expresión extática… el mártir. Un extraño deseo de purificación lo visitaba y sus ojos estaban como iluminados.

—Antes te voy a contar una historia —le dijo entonces con calma Sir Edmond—. Es sabido que los agarrotados y los ahorcados tienen una erección tan grande que cuando les cortan el aire eyaculan. Tendrás el placer del martirio mientras le haces el amor a

la muchacha.

Y como el sacerdote, aterrorizado de nuevo, se levantara para defenderse, el inglés lo arrojó brutalmente sobre el suelo, torciéndole un brazo.

En seguida, Sir Edmond pasó sobre el cuerpo de su víctima, le amarró los brazos detrás de la espalda, mientras que yo le detenía las piernas y se las ataba con un cinturón. El inglés mantuvo sus brazos apretados al tiempo que le inmovilizaba las piernas atenazándolas entre las suyas. Arrodillado, detrás, yo lo sujetaba entre los muslos.

—Y ahora —le dijo Sir Edmond a Simone—, monta a caballo sobre esta rata de iglesia.

Simone se quitó el vestido y se sentó sobre el vientre del curioso mártir, acercando su culo a la verga vacía.

—Bueno —continuó Sir Edmond—, apriétale la garganta, el conducto que está detrás de la nuez, con una presión fuerte y graduada.

Simone apretó y un terrible temblor recorrió el cuerpo totalmente inmovilizado y mudo: la verga se puso erecta. La tomé entre mis manos y la introduje sin dificultad en la vulva de Simone, que mantenía la presión en la garganta.

La joven, totalmente ebria, hacía entrar y salir con violencia la gran verga erecta entre sus nalgas, por encima del cuerpo, cuyos músculos crujieron entre nuestros formidables tornillos.

Simone apretó entonces con tanta fuerza que una sacudida aún más violenta distendió el cuerpo de su víctima; sintió el semen chorrear en el interior de su culo. Soltó su presa y cayó postrada por el tormentoso gozo.

Simone permanecía extendida en el piso con el vientre al aire y el muslo manchado con la esperma que había salido de su vulva. Me acosté a su lado para violarla a mi vez, pero no pude más que besarla en la boca y estrecharla entre mis brazos a causa de una extraña parálisis interior, causada por el exceso de amor y por la muerte del innombrable. Nunca había sido tan feliz.

No pude impedirle siquiera que se apartara de mí para examinar su obra. Volvió a montar sobre el cadáver desnudo y examinó con gran interés su rostro violáceo. Secó el sudor que le perlaba la frente y espantó obstinadamente una mosca que zumbaba alrededor

de un rayo de sol y que regresaba a posarse una y otra vez sobre el rostro del muerto[2]. De repente, Simone dejó escapar un grito breve; sucedía algo extraño que la ponía confusa: la mosca se había posado esta vez sobre el ojo del muerto y agitaba sus largas patas de pesadilla sobre el extraño globo. La joven meneó la cabeza entre las manos y se estremeció. Luego quedó absorta en sus reflexiones.

Por extraño que parezca, no nos preocupaba lo que pudiera suceder. Supongo que si hubiese llegado alguien, Sir Edmond y yo no le hubiéramos dado tiempo de escandalizarse. Simone salió poco a poco de su estupor y buscó la protección de Sir Edmond, que permanecía inmóvil junto al muro; se oía volar a la mosca por encima del cadáver.

—Sir Edmond, —le dijo dulcemente, apoyando su mejilla en su hombro—, quiero que me haga un favor.

—Haré lo que quieras, —le respondió.

Me hizo acercarme al cuerpo, se arrodilló y, abriendo completamente el ojo donde se había posado la mosca, me preguntó.

—¿Ves el ojo?

—¿Y qué?

—Es un huevo, —concluyó con absoluta simpleza.

—Pero, —insistí muy turbado—, ¿adónde quieres llegar?

—Quiero jugar con el ojo.

—Explícate.

—Escuche, Sir Edmond, —dijo ella—, me tiene que dar ese ojo ahora mismo, quiero que se lo arranque.

Nunca nos fue posible advertir ninguna emoción en la cara del inglés, excepto su enrojecimiento. Esta vez ni siquiera se inmutó, sólo se le acaloró el rostro; tomó de su cartera unas tijeras finas, se arrodilló y recortó delicadamente la carne, metiendo con habilidad dos dedos de la mano izquierda en la órbita; sacó el ojo, cortando con la mano derecha los ligamentos que destendía con fuerza. Le entregó a Simone el pequeño globo blancuzco, con una mano tinta en sangre.

Simone miró el extraño objeto y lo tomó con la mano, completamente descompuesta, pero sin duda empezó a divertirse de inmediato, acariciándose el interior de las piernas y haciendo resbalar el objeto que parecía elástico. Cuando la piel es acariciada

por el ojo se produce una dulzura exorbitante, aumentada por la horrible y extraña sensación del grito de gallo.

Simone se divertía haciendo entrar el ojo en la profunda tajadura de su culo y acostada boca arriba, levantó las nalgas y trató de mantenerlo allí por simple presión del trasero, pero el ojo salió disparado, como un hueso de cereza entre los dedos, yendo a caer sobre el vientre del muerto, a pocos centímetros de la verga.

Durante ese tiempo me dejé desvestir por Sir Edmond y pude tirarme totalmente desnudo sobre el cuerpo de la joven y mi verga desapareció, entera y de golpe, en la hendija velluda: le hice el amor con violencia mientras Sir Edmond se divertía haciendo rodar el ojo entre las contorsiones de los cuerpos, sobre la piel del vientre y de los senos. Una vez, el ojo se perdió totalmente entre nuestros ombligos.

—Métamelo en el culo —Sir Edmond, gritó Simone. Y con delicadeza Sir Edmond hizo entrar el ojo entre las nalgas. Finalmente, Simone se apartó de mí, arrancó el bello globo de las manos del inglés y, presionando con calma y regularidad con las dos manos, lo hizo entrar en su carne babosa, entre el pelambre. Luego me acercó a ella, me abrazó el cuello con los dos brazos y puso sus labios en los míos con tanto ardor que el orgasmo me llegó sin tocarla y mi semen se descargó sobre su pubis.

Me levanté, separé los muslos de Simone, que se había acostado de lado, y me encontré cara a cara con lo que, así me lo figuro, me estaba esperando desde siempre, de la misma manera que una guillotina espera el cuello que va a decapitar. Me parecía que mis ojos salían de sus órbitas, como si estuviesen erectos de tanto espanto; vi, en la vulva velluda de Simone, el ojo azul pálido de Marcela que miraba llorando lágrimas de orín. Regueros de semen en el humeante vello completaban esa visión lunar, dándole un aspecto de tristeza desastrosa. Mantuve abierto los muslos de Simone, contraídos por el espasmo urinario: la ardiente orina corría debajo del ojo, por el muslo que quedaba más abajo… Dos horas más tarde Sir Edmond y yo nos decoramos con falsas barbas negras, y Simone se cubrió con un ridículo sombrero negro a flores amarillas y un vestido negro de género, parecida a una joven noble de provincia; abandonamos Sevilla en un coche de alquiler. Grandes maletas nos permitieron cambiar de personalidad a cada etapa y

evitar las encuestas policíacas. Sir Edmond desplegaba siempre un ingenio humorístico; por eso recorrimos la gran avenida de la pequeña ciudad de Ronda vestidos como curas españoles tocados con pequeños sombreros de fieltro aterciopelado y envueltos en una capa drapeada, fumando virilmente gruesos puros; Simone caminaba entre nosotros vestida de seminarista sevillano, tan angelical como nunca. Así desaparecimos de Andalucía, amarillo país de tierra y cielo, infinito orinal inundado de luz solar donde, cada día, como nuevo personaje, violaba yo a una Simone igualmente transformada, sobre todo durante el mediodía, a pleno sol, en el suelo y ante la mirada a medias ensangrentada de Sir Edmond.

Al cuarto día, el inglés compró un yate en Gibraltar y nos lanzamos hacia nuevas aventuras con una tripulación de negros.

# SEGUNDA PARTE. COINCIDENCIAS

Mientras escribía este relato, en parte imaginario, me asombraron algunas coincidencias; me parece que muestran indirectamente el sentido de lo que he escrito y me interesa exponerlas.

Empecé a escribir sin ninguna idea precisa, incitado sobre todo por el deseo de olvidar, por lo menos provisionalmente, mi identidad personal. Al principio creí que el personaje que narraba en primera persona no tenía ninguna conexión conmigo. Hojeando un día una revista americana ilustrada con fotografías de países europeos, me llamaron la atención dos imágenes que encontré por casualidad: la primera mostraba una calle del pueblecillo casi desconocido de donde procede mi familia. La otra, las ruinas vecinas de un castillo de la Edad Media, situado en la montaña, en la cima de una roca. Recordé de inmediato un episodio de mi vida vinculado a esas ruinas. Tenía yo veintiún años y estaba de vacaciones en el pueblo mencionado; un día resolví visitar las ruinas durante la noche, seguido de algunas muchachas perfectamente castas y, a causa de ellas, de mi madre. Estaba enamorado de una de las muchachas que compartía mis sentimientos, pero nunca habíamos hablado de ellos porque la joven pensaba seguir una vocación religiosa que quería examinar con libertad. Después de caminar alrededor de hora y media, llegamos al pie del castillo, hacia las diez o las once de una noche muy oscura.

Habíamos empezado a subir la montaña rocosa, coronada por unas murallas totalmente románticas, cuando de una hendidura rocosa salió un fantasma blanco, muy luminoso, cerrándonos el paso. Esta visión prodigiosa hizo que mi madre y una de las muchachas se desmayaran mientras las demás gritaban. Yo mismo experimenté un terror súbito que me hizo enmudecer, y tuve que

esperar algunos segundos antes de pronunciar algunas amenazas, por lo demás ininteligibles, al fantasma, aunque desde el primer momento sabía que se trataba de una simple comedia. El fantasma huyó cuando vio que lo seguía y no lo dejé irse hasta que reconocí a mi hermano mayor, que había venido en bicicleta con otro amigo y que nos había asustado apareciendo de improviso, envuelto en una sábana, a la luz de una lámpara de acetileno. El día en que encontré la fotografía en la revista acababa de escribir el episodio de la sábana y advertí que siempre veía la sábana a la izquierda y que el fantasma ensabanado también aparecía a la izquierda: una perfecta sobreposición de imágenes vinculadas a sobresaltos análogos se producían. Casi nunca me ha impresionado tanto algo como la aparición del falso fantasma.

Me sorprendió sobremanera haber substituido, en perfecta inconsciencia, una imagen totalmente obscena con una visión desprovista de toda significación sexual. Con todo, pronto tendría mayores motivos de asombro.

Ya había imaginado con todo detalle la escena de la sacristía de Sevilla, y en particular la incisión practicada en la órbita ocular del sacerdote al que se le arranca un ojo. Pensando encontrar una relación entre el relato y mi propia vida, me divertí describiendo una corrida trágica a la que en realidad asistí. Cosa curiosa, no relacioné los dos episodios antes de describir con precisión la herida que el toro le causó a Manuel Granero (personaje real), pero en el momento mismo en que llegaba a la escena de la muerte caí en un gran estupor. La extracción del ojo del sacerdote no era, como había creído, una pura invención, sino la trasposición a otro personaje de una imagen que sin duda había conservado una vida muy profunda. Si había inventado que se le arrancaba un ojo al sacerdote muerto, era porque había visto que de una cornada un toro le arrancaba el ojo al matador. De lo más oscuro de mi memoria surgían las dos imágenes más llamativas que mayor huella habían dejado en mí, desfigurándose en cuanto me ponía a imaginar obscenidades.

Cuando hice la segunda constatación acababa de terminar la descripción de la corrida del siete de mayo; por ello fui a visitar a uno de mis amigos que era médico. Le leí la descripción, diferente de la actual: Como nunca había visto los testículos despellejados de un toro, supuse que debían tener el mismo color rojo encendido que

el miembro del animal en erección y en mi primera redacción lo describía así. Aunque toda la Historia del ojo había sido engendrada en mi espíritu sobre dos obsesiones ya viejas y muy ligadas entre sí, la de los huevos y la de los ojos, los testículos del toro me parecían ajenos a ese ciclo. Pero cuando terminó mi lectura, mi amigo me demostró que no tenía ninguna idea de lo que eran realmente las glándulas que había reseñado y me leyó de inmediato una descripción minuciosa en un manual de anatomía: descubrí que los testículos humanos o animales son ovoides y tienen el aspecto del globo ocular. Esta vez corrí el riesgo de explicar estas relaciones tan extraordinarias suponiendo que en una región profunda de mi espíritu coincidieran imágenes primitivas completamente obscenas, es decir las más escandalosas, precisamente aquellas en las que la conciencia no se detiene, incapaz de soportarlas sin violencia o sin aberración.

Precisando este punto de ruptura de la conciencia, o si se quiere el lugar de elección de la separación sexual, ciertos recuerdos personales de otro tipo vinieron a asociarse con las imágenes desgarradoras que ya habían surgido en el transcurso de una composición obscena. Nací de un padre sifilítico, que me concibió cuando ya era ciego, y que poco tiempo después de mi nacimiento quedó paralizado por su siniestra enfermedad. A diferencia justamente de la mayor parte de los niños varones que se enamoran de su madre, yo estaba enamorado de mi padre. A su ceguera y a su parálisis estaba ligado otro hecho: no podía orinar como los demás en el excusado, orinaba en su sillón, en un pequeño recipiente y, debido a la frecuente urgencia, no le importaba hacerlo delante de mí, bajo una colcha: como era ciego, la ponía casi siempre al revés. Lo más extraño, sin lugar a dudas, era ciertamente su forma de «mirar» cuando orinaba. Como no veía nada, su pupila se alzaba hacia el vacío, bajo el párpado, y eso le sucedía en particular cuando meaba. Tenía los ojos muy grandes, siempre muy abiertos, en un rostro aquilino, y sus grandes ojos se ponían casi blancos cuando orinaba, con una expresión idiota de abandono y de extravío frente a un mundo que sólo él podía ver y que le producía una risa sardónica y ausente (me gustaría recordar también, por ejemplo, el carácter errático de la risa desolada de un ciego, etc., etc.). En todo caso, es la imagen de esos ojos blancos en esos

momentos precisos, la que para mí está vinculada directamente a la de los huevos, explicando la aparición casi regular de la orina cada vez que aparecen el huevo o los ojos en el relato.[3] Después de haber descubierto esta relación entre dos elementos diferentes, pude descubrir una nueva, no menos esencial, entre el carácter general de mi relato y un hecho particular.

Tenía catorce años cuando mi afecto por mi padre se transformó en odio profundo e inconsciente. Empecé entonces a gozar obscuramente con los gritos que le arrancaban los dolores continuos y fulgurantes de los tabes, clasificados entre los más terribles. El estado de inmundicia y hediondez a que lo reducía su enfermedad total (a veces se cagaba en los calzones), no me producía el desagrado que puede imaginarse. Por lo demás, adoptaba frente a todas las cosas, actitudes y creencias radicalmente opuestas a las de ese ser nauseabundo por naturaleza.

Una noche nos despertamos mi madre y yo por los discursos vehementes que el lacerado aullaba —literalmente— en su alcoba. Se había vuelto loco súbitamente. Fui a buscar al doctor y vino en seguida. Mi padre imaginaba con elocuencia los acontecimientos más inusitados y felices. Habiéndose retirado mi madre a la habitación del lado con el médico, el ciego loco empezó a gritar, delante mío y con voz estentórea: ¡Doctor, avísame cuando dejes de metérsela a mi mujer! Esa frase, que destruyó por completo los efectos desmoralizadores de una educación severa, me dejó una obligación constante, inconscientemente soportada hasta entonces y no deseada: la necesidad de encontrar siempre su equivalente en todas las situaciones en que me encuentre. Eso explica en gran parte la *Historia del ojo*.

Pronto acabaré de enumerar estas cumbres de mi obscenidad personal, añadiendo el último eslabón, uno de los más desconcertantes, y que descubrí hasta el final: se refiere a Marcela.

Me es imposible asociar definitivamente a Marcela con mi madre. Afirmarlo sería si no falso al menos exagerado. Marcela es también una joven de catorce años que estuvo frente a mí durante un cuarto de hora, en París, en el Café de Deux Magots. Contaré sin embargo algunos recuerdos más, destinados a definir algunos episodios a partir de hechos reales.

Unas semanas después del ataque de locura de mi padre, mi

madre, después de una escena odiosa que le hizo mi abuela materna, perdió también y súbitamente la razón. Durante algunos meses pasó por una crisis de locura maníaco-depresiva (melancolía). Las absurdas ideas de catástrofe y de condena que la dominaron por entonces me irritaban sobre todo porque tenía que vigilarla continuamente. Su estado me inquietaba tanto que una noche saqué de mi cuarto unos candelabros muy pesados con base de mármol, por miedo a que me matase durante el sueño. Llegué a golpearla por impaciencia y a torcerle las muñecas para que razonara con cordura.

Un día que la descuidamos, mi madre desapareció; la buscamos durante largo tiempo y terminamos por encontrarla colgada en el granero. Pudimos reanimarla y devolverla a la vida.

Al poco tiempo volvió a desaparecer, esta vez durante la noche. La busqué interminablemente a lo largo de un riachuelo donde podía haber intentado ahogarse. Corrí sin detenerme, en la oscuridad, atravesando pantanos y terminé por encontrarme frente a ella: estaba mojada hasta la cintura y su falda «orinaba» el agua del arroyo; había salido por su propio pie del agua poco profunda y helada (estábamos en pleno invierno).

No me detengo más en estos recuerdos porque han perdido para mí, desde hace tiempo, su carácter afectivo. Sólo pudieron revivir cuando los transformé a tal grado que se volvieron irreconocibles para revestir, después de su deformación, el sentido más obsceno.

# APÉNDICES DEL OJO

**Golosina caníbal**: Es bien sabido que el hombre civilizado se caracteriza por una hipersensibilidad al horror, a veces poco explicable. El temor a los insectos es, sin lugar a dudas, una de las más singulares y extendidas; además, es sorprendente encontrar, entre ellas, al ojo. No parece haber mejor palabra para calificar al ojo que la seducción; nada es más atractivo en el cuerpo de los animales y de los hombres. La extrema seducción colinda, probablemente, con el horror.

En este aspecto, el ojo podría vincularse con lo cortante, cuyo aspecto provoca también reacciones agudas y contradictorias: es lo que debieron haber experimentado, con terror y oscuramente, los autores de **El perro andaluz**[4] cuando decidieron, durante las primeras imágenes de la película, los amores sangrientos de dos seres. Una navaja que corta en vivo el deslumbrante ojo de una mujer joven y hermosa, produciría la admiración lunática de un hombre joven que, teniendo una cucharita en la mano y acostado al lado de un gatito, tuviese de repente el deseo de poner un ojo dentro de ella.

Deseo curioso entre los blancos, quienes apartan los ojos de los bueyes, corderos y puercos cuya carne comen con placer. El ojo, golosina caníbal, según la exquisita expresión de Stevenson, es objeto de tanta inquietud entre nosotros que nunca lo morderemos. El ojo ocupa un lugar extremadamente importante en el horror, pues entre otras cosas es el ojo de la conciencia. En el célebre poema de Víctor Hugo aparece el ojo obsesivo y lúgubre, vivo y espantosamente soñado por Grandville durante una pesadilla que precedió a su muerte [5] el criminal «sueña que acaba de golpear a un hombre en un oscuro bosque… Ha derramado sangre humana y, utilizando una expresión que evoca en el espíritu una imagen feroz, ha hecho sudar a un roble. No es un hombre, en efecto, sino un

tronco de árbol… ensangrentado… que se agita y se debate… bajo el arma mortífera. Las manos de la víctima se levantan suplicantes, pero en vano. La sangre sigue corriendo». Entonces aparece el ojo enorme que se abre en un negro cielo, persiguiendo al criminal a través del espacio, hasta el fondo de los mares, donde lo devora después de transformarse en pez. Innúmeros ojos se multiplican entre las olas.

Grandville escribe en este sentido: «¿Serán los mil ojos de la muchedumbre atraída por el espectáculo del suplicio que se prepara? ¿Por qué otra cosa se verían atraídos esos ojos absurdos, como nube de moscas, sino por algo repugnante? Y ¿por qué uno de nuestros semanarios ilustrados, perfectamente sádico, aparecido en París de 1907 a 1924, ostenta en primer lugar un ojo, que figura regularmente sobre un fondo encarnado encabezando los espectáculos sanguinolentos? ¿Qué otra cosa es el ojo de la policía, semejante al ojo de la justicia humana de la pesadilla de Grandville, sino la expresión de una ciega sed de sangre? ¿No es parecido, también, el ojo de Crampon, condenado a muerte y que, un instante antes del hachazo que pedía el capellán, se mutiló regalando con jovialidad el miembro así cercenado, porque su ojo era de vidrio?»[6]

## METAMORFOSIS

**Animales salvajes**. Los sentimientos equívocos de los seres humanos alcanzan su máximo de decisión frente a los animales salvajes. Si existe la dignidad humana (por encima de toda sospecha, aparentemente), no hay que ir al zoológico: cuando los animales ven aparecer la muchedumbre de niños seguidos por sus papá-hombres y sus mamá-mujeres. En contra de lo que se supone, ni la costumbre puede impedirle a un hombre sabio que mienta como un perro cuando habla de la dignidad humana entre los animales. Pues en presencia de seres ilegales e intrínsecamente libres, los únicos seres verdaderamente *outlaws* (sic.), el deseo más turbio vence hasta el sentimiento estúpido de superioridad práctica deseo que se confiesa entre los salvajes mediante el tótem y se disimula cómicamente bajo los sombreros de plumas de nuestras abuelas de familia. Tantos animales en el mundo y todo lo que hemos perdido: la inocente crueldad, la monstruosidad opaca de los ojos —apenas diferentes de las pequeñas burbujas que se forman en la superficie del lodo—, el horror ligado a la vida como un árbol a la luz. Quedan todavía las oficinas, los documentos de identidad, una existencia de criados biliosos y, a pesar de todo, una locura estridente que, en el curso de ciertos descarríos, alcanza la metamorfosis.

Se puede definir la obsesión de la metamorfosis como una necesidad violenta que se confunde con cada una de nuestras necesidades animales, excitando al hombre a abandonar de repente gestos y actitudes exigidos por la naturaleza humana: por ejemplo, un hombre en medio de los demás, en un departamento, tirándose por el suelo para devorar la papilla del perro. Hay en cada hombre un animal encerrado en una prisión, como un forzado, y hay una puerta: si la entreabrimos, el animal se precipita fuera, como el forzado, encontrando su camino; entonces, y, provisionalmente,

muere el hombre; la bestia se conduce como bestia, sin ningún cuidado de provocar la admiración poética del muerto.[7] Es en este sentido que puede verse al hombre como una prisión de apariencia burocrática.

# Notas

[1] «Fumer» puede significar humear o estercolar. He preferido el segundo sentido porque se integra mejor al texto. (N. del T.) <<

[2] Ver el apéndice: «Metamorfosis». (N. del T.) < <

[3] Estos hechos que Bataille cuenta como si fueran ciertos, son negados por el hermano del novelista, Martial. Lo que parece ser verdadero es el tratamiento analítico que Bataille seguía durante esa época. Además, también es cierto que el autor de esta novela estaba en Madrid el siete de mayo de 1922. (N. del T.) < <

[4] Esta extraordinaria película es obra de dos jóvenes catalanes, el pintor Salvador Dalí… y el director de cine Luis Buñuel. Este film se diferencia de las producciones banales de vanguardia con las que se tendría la tentación de confundirlo, porque el escenario es lo que predomina. Algunos hechos, poco explícitos, se suceden sin lógica, pero penetrando tan profundamente en el horror que los espectadores se meten en el espectáculo tan directamente como en las películas de aventuras. Agarrados aparte, por el pescuezo y sin artificio, ¿saben en efecto, esos espectadores, adónde llegarán los autores de la película u otros seres semejantes? El mismo Buñuel estuvo ocho días enfermo después de la toma del ojo cortado (además, para filmar la escena de los cadáveres de los asnos, tuvo que soportar una atmósfera pestilencial). ¿Cómo no ver, entonces, hasta qué punto el horror fascina y cómo su fuerza bruta puede romper con lo que asfixia? < <

[5] Víctor Hugo, lector del «Magazin pittoresque», utilizó el admirable sueño relatado en «Crimen y castigo» y el inaudito dibujo de Grandville, publicados en 1847, para un relato de un ojo obstinado que persigue a un criminal: casi parece inútil añadir que sólo puede explicar esa relación una obscura y siniestra obsesión y no un frío recuerdo. Debemos a la erudición y al cuidado de Pierre d’Espezel, el dato de ese curioso documento, probablemente una de las más bellas composiciones de Grandville. < <

[6] Es notable que Bataille no haga ninguna referencia al «Corazón delator» de Poe, relato donde un ojo juega un papel semejante al del ojo de Grandville y que, unido al corazón, se parece a la pareja ojos-huevos de «Historia del Ojo». Es notable porque existe una relación de afinidades electivas entre Poe y Bataille. (N. del T.) <<

[7] Un relato que organiza estas palabras de Bataille sería «Las ratas» de Lovecraft. (N. del T.) <<